REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVII | San José, Costa Rica | 1940 | Sábado 11 de Mayo | Núm. 12

Año XXI — No. 892

En este número:

Santander

POR SALVADOR CAMACHO ROLDÁN

(Fragmento de un estudio escrito en 1881-82. En el *Papel Periódico Ilustrado* de Bogotá)

Si bien no pertenece, como los de Berbeo, Alcantuz, Galán y Nariño en Nueva Granada, y Miranda en Venezuela, a la primera categoría de los «iniciadores» de la revolución de la independencia,—si no fue un caudillo, como Bolívar, ni un legislador como Camilo Torres y José Félix Restrepo, ni un filósofo y diplomático como Zea, el Franklin de Colombia—, el nombre de SANTANDER está más íntimamente ligado que el de ningún otro a la obra de la fundación de la república y de la construcción de los primeros cimientos de instituciones políticas sobre que reposa nuestra actual nacionalidad. SANTANDER fue el genio organizador de Colombia durante el segundo período de la guerra de la independencia, y el grande administrador del primer período de paz en la Nueva Granada.

La grandeza de su figura histórica data de 1818, del año de crisis suprema en la lucha de América contra el poder de España. En los dos años anteriores la madre patria, libre ya de las guerras napoleónicas que la habían anarquizado desde 1808, había hecho el último esfuerzo para reconquistar sus colonias americanas insurreccionadas. México había sucumbido; Guatemala y el Perú estaban aun dominados; Buenos Aires estaba libre, pero comprendiendo que su libertad era solidaria de la de la Presidencia de Charcas (Bolivia), al norte, y de la de Chile, al occidente, había enviado sus guerreros a órdenes de San Martín, a asegurar allí el éxito final de la lucha, y la victoria de Maipu coronaba sus esfuerzos el día 5 de abril de 1818.

Colombia, entretanto, había sido sojuzgada desde 1816. El ejército peninsular dominaba sin contradicción en la Presidencia de Quito, en todo el Virreinato de Nueva Granada, y sólo a merced del genio militar de Piar—el vencedor en el Juncal, el Paso del Caura y en San Félix,—los independientes eran dueños de la parte baja del Orinoco, en donde eran ya dueños de la plaza de Angostura. Bolívar, a despecho de la ambición de Mariño y del trágico fin del heroico cuanto infortunado Piar, era reconocido al fin único jefe de los ejércitos republicanos. Secundado por el Almirante Brion, cuya escuadra le aseguraba sus comunicaciones con el mar, y obedecido por Páez y Soublette, Mariño y Bermúdez, Urdaneta y Arismendi, Francisco Esteban Gómez y Anzoátegui, Zaraza y Monagas; recibiendo por primera vez en abundancia armas y municiones del extranjero, contaba también con el apoyo de algunos denodados amigos de la libertad que desde el antiguo mundo venían a combatir por ella en el nuevo, y a infundir el espíritu de obediencia y disciplina de las naciones europeas en las huestes valerosas pero insubordinadas de los americanos del Sur. Esos abnegados amigos venían animados desde su partida de las costas europeas por la inspiración del alma de O'Connell, de Wilson, de Lord Holland; pero debían perecer casi todos en nuestras playas insalubres, al principio no más de su heroica cruzada; dejando, eso sí, el perdurable recuerdo de gratitud y de gloria, inseparable del nombre de la legión extranjera, inmortalizada en los campos de Pantano de Vargas, Carabobo y Pichincha.



F. de P. Santander
(1792-1940)

Mal secundado tal vez el genio impetuoso de Bolívar por sus tenientes, lamentaba en esos momentos dos reveses en sus tentativas de invasión al corazón de Venezuela. Zaraza había perdido primero una vanguardia de más de dos mil hombres en La Horgaza, antes de verificar su reunión con el grueso del ejército libertador, salido de Angostura y apenas acampado en San Diego de Cabrutica. Bolívar mismo después, aunque sorprendiendo con una marcha de rapidez vertiginosa desde San Fernando de Apure, al Pacificador Morillo en su campamento de calabozo, perdía luego los frutos de esta victoria en los desgraciados combates del Sombrero, el Paso del Semen y Ortiz. Morillo y Latorre quedaban dueños de las provincias litorales de Venezuela, y los patriotas reducidos a las llanuras que median entre San Fernando y Angostura, espacios despoblados poco a propósito para la organización de grandes ejércitos.

El Libertador pensó entonces en la Nueva Granada. Esta tierra de patriotas, en donde la cuchilla de Morillo antes, de Sámano y Enrile después, había segado impunemente en los cadalsos y las prisiones las cabezas de millares de libres, sólo necesitaba de un jefe de grandes talentos y espíritu organizador que diera dirección al sentimiento nacional: y SANTANDER, jefe que desde 1816 y 1817 al lado de Páez, desde 1817 y 1818 en unión de Bolívar, había participado de todos los infortunios y glorias de esos días de prueba, en colocaciones comparativamente subalternas, fué designado para este puesto de honor.

Diósele el cargo de expedicionario contra los opresores de su patria y para ello se le suministró por todo ejército 1.200 fusiles, algunas municiones y «cuatro» compañeros, cuyos nombres damos aquí para que las madres los repitan a nuestros hijos en los momentos de ternura en que ellas saben abrir el corazón de los niños al amor de la patria: el coronel Jacinto Lara y los comandantes Antonio Obando, Joaquín París y Vicente González. Con estos recursos partió de Guayana para Casanare el día 27 de agosto de 1818, y llegó a Pore, capital de la provincia, el 29 de noviembre del mismo año.

Detengámonos un momento en este lugar.

La independencia de Colombia atravesaba una crisis suprema. Venezuela había combatido en vano por su libertad desde 1811, y había agotado ya su sangre y su heroísmo. Miranda había sido vencido en 1811 y 1812. La maravillosa campaña de Bolívar sobre Caracas en 1813 había terminado desastrosamente en la Puerta, San Mateo y Aragua de Barcelona, en 1814. Villapol, Campo Elías y José Félix Rivas; Girardot, D'Elhuyar y Ricaurte habían terminado su carrera en las batallas. Salvador Gogrin, José Tomás Boves y Francisco Tomás Morales, jefes españoles, habían adquirido superioridad material sobre los patriotas de Venezuela, que se hizo irresistible después con la presencia de las huestes aguerridas de Morillo, formadas en la escuela de Wellington, durante las guerras de la Península. Dueños, en fin, los españoles de los pasos que de las llanuras del Guarico y la Portuguesa, tributarios del Orinoco, conducen a las provincias de Caracas y Valencia, y cubriendo las gargantas montañosas que abren paso a las llanuras con infanterías aguerridas—las fuerzas de caballería que formaban el grueso de los ejércitos republicanos eran impotentes para medirse en aquel teatro con las huestes de Morillo y Latorre. Las poblaciones venezolanas del litoral estaban cansadas de la guerra, y el patriotismo empezaba a faltar.

Sólo en Nueva Granada había campo para renovar la lucha; pues allí casi no se combatía desde 1816, y había una población numerosa, exasperada por las crueldades de los españoles, ansiosa de armas y jefes para levantarse en masa contra los opresores. Era preciso cambiar de teatro, buscar suelo propicio a los triunfos y pueblo ávido ya de combatir y vencer.

Comprendiendo Santander esta situación delicada y solemne, empleó en el desempeño de su comisión actividad y prudencia sorprendentes. «Casanare—dice él mismo en los Apuntamientos para sus memorias—era el teatro de la más funesta discordia». Los tres jefes que la habían libertado de los españoles en 1817—Juan Gales, Ramón Nonato Pérez y Juan Nepomuceno Moreno, igualmente ilustres y valerosos—disputaban entre sí el mando de la Provincia, y de este conflicto resultaba la más completa anarquía. Santander ya era conocido de ellos, que lo habían proclamado General en Jefe del ejército unido de Nueva Granada y Venezuela en 1816, y a su presencia desaparecieron las rencillas: un solo sentimiento de patriotismo elevado reinó en todas partes. Tres meses después de su llegada había un ejército medianamente organizado de 1.200 infantes y 600 jinetes.

Morillo, quien desde el punto de vista militar era un adversario digno de Bolívar, había tenido noticia de la marcha de Santander y no había tardado en comunicarla al Coronel Barreiro, jefe de las fuerzas españolas del Virreinato. Procediendo éste con actividad, marchó a atacarlo en marzo de 1819, y a principios de abril ya había ocupado a Pore, capital de Casanare, con un ejército de 2.500 hombres.

Cualquier otro jefe menos convencido que Santander de la gravedad del momento, no hubiera vacilado en jugar la suerte de la República en una batalla, a cambio de un golpe de fortuna que le abriese las puertas al poder y a la fama. Derrotado Barreiro en Casanare, el vencedor hubiera tenido abierto el camino a la Nueva Granada y con ello una posición superior a la del mismo Bolívar. Ante esta perspectiva un jefe ambicioso habría buscado ocasión a su carrera; pero Santander participaba más del genio de Washington que del de otros guerreros menos consagrados en la devoción de su alma a las grandes causas de los pueblos; y sabiendo que el ejército de Casanare, compuesto de soldados novicios entonces, debía llegar a ser la única esperanza de salud para Colombia, se limitó a maniobrar a la vista del enemigo, siempre en líneas paralelas a éste, para aprovechar la superioridad de la mejor aclimatación del soldado casanareño en esas llanuras ardientes, sobre tropas acostumbradas a los climas fríos de la cordillera. Después de varias marchas y contramarchas, en las que Barreiro perdió la esperanza de batir a Santander en un combate general, aquél emprendió una retirada vergonzosa hacia Sogamoso, sin haber conseguido ninguno de los objetos de la campaña, y éste, afirmado ya en sus planes de invasión al interior granadino, invitó de nuevo al Libertador para apresurar el día de la redención de la patria.

Ese día no se hizo esperar. El 25 de mayo salió del Mantecal, en dirección a Arauca, a órdenes del General Anzoátegui, la «División de retaguardia», formada por los batallones «Rifles», a órdenes del teniente coronel Arturo Sanders; «Bravos de Páez», del Teniente Coronel Cruz Carrillo; «Barcelona», del coronel Ambrosio Plaza; «Albión», del Coronel Jaime Rook, y de cuatro escuadrones de caballería regidos por los coroneles Hermenegildo Mujica, Leonardo Infante, Juan José Rondón y Juan Mellao, con una fuerza de no más de 1.200 hombres por todo, que antes de Boyacá debió de quedar reducida, por las deserciones, las enfermedades y el frío de los páramos, a menos de la mitad. Formaban la «División de vanguardia», organizada por Santander, otros cuatro batallones mandados por los coroneles Antonio Obando, Antonio Arredondo, José María Cancino y Pedro Fortoul, y varios escuadrones comandados por los coroneles Ramón Nonato Pérez y Juan Nepomuceno Moreno, con una fuerza efectiva de 1.200 infantes y 600 jinetes. Las dos divisiones se unieron en Tame el 11 de junio, y el 25 entraron a Pore, reducidos a un total de 2.500 hombres. Era este un ejército de jóvenes, en el que el General en Jefe (el Libertador), no había cumplido treinta y seis años; el General Soublette, jefe del estado mayor, no llegaba a treinta; el general Anzoátegui, jefe de una de las divisiones, apenas había cumplido veintinueve, y el general Santander, jefe de la otra, tan sólo veintisiete. Entre los jefes de los cuerpos, sólo el coronel Fortoul llegaba a la de treinta y nueve años; Obando y Cancino tenían veintinueve, los comandantes Ramón Guerra y Joaquín París no pasaban de veinticuatro, y José María Córdoba apenas había cumplido veinte.

Son conocidos los sucesos ocurridos en esta campaña, hasta la ocupación de Bogotá, cuarenta y cinco días después. Santander dirigió con habilidad y bravura todas las operaciones de vanguardia hasta transmontar la cordillera y remontar las caballerías en las llanuras de Bonza.

«En ningún tiempo—dice Restrepo—desplegó Bolívar más energía ni mayor firmeza y habilidad. En operaciones

tan importantes es auxiliado eficazmente por los distinguidos jefes que le acompañan, los generales Soublette, Anzoátegui y Santander, así como por los comandantes de los cuerpos de infantería y caballería. Santander era el que más trabajaba, y testigos presenciales de la mayor respetabilidad aseguran que a él se debió en gran parte el feliz éxito de la campaña».

Boyacá fué una batalla perfectamente decisiva que los españoles no disputaron. Desde Gámeza y Vargas, en todas las escaramuzas y combates parciales que habían tenido lugar desde la llegada del ejército al pueblo de Socha, el 6 de julio, hasta el día de la gran victoria, los republicanos habían fundado en pruebas irresistibles la superioridad de sus armas. De uno y otro lado no llegaron tal vez a cincuenta los muertos. En poder de los patriotas quedaron, fuera de mil seiscientos prisioneros, más de dos mil fusiles, algunas piezas de artillería y gran cantidad de municiones. Un solo golpe había bastado para redimir nuestra patria. Desde los corrales de Bonza, días antes de la batalla, Bolívar había despachado ya a los Coroneles Antonio Morales y Pedro Fortoul a encargarse de las gobernaciones de las provincias del Socorro y Pamplona.

Ya había *Patria*; pero era preciso organizarla, y esta fué la tarea encomendada por Bolívar a Santander el día 20 de septiembre siguiente, con el nombramiento de Vicepresidente de Cundinamarca, a tiempo que aquél regresaba a Angostura, residencia del Gobierno central que empezaba a delinearse.

¡Organizar el país! Jamás tarea alguna había presentado a los ojos de un estadista dificultades, al parecer, más insuperables. Colombia era un caos. y era preciso formar, en el orden político, una creación casi de la nada. ¡Por todas partes no había más que ruinas!

El Gobierno español no había dejado tradiciones de gobierno organizado. Una cosa confusa y distinta llamada «el Rey» era el principio de donde emanaba toda autoridad y a la cual debía estar sometida toda obediencia. Eso había desaparecido. Otra institución llamada «Virrey», única cosa que nuestras poblaciones habían visto, había desaparecido también. De derechos individuales, garantías políticas, soberanía popular, representación del pueblo, asambleas deliberantes; de nada de eso se había oído hablar hasta 1810 (salvo durante el corto período de la insurrección de los comuneros en 1781). Nariño había traducido e impreso en 1794 la declaración de los derechos del hombre, de la Convención francesa, y ese hecho había sido mirado por los españoles como un sacrilegio. Había un embrión de Poder Judicial en las tradiciones de la Audiencia y vestigios de organización municipal en los Ayuntamientos de las ciudades: eso era todo. De organización legislativa no había nada: los principios fundamentales de organización del Poder Ejecutivo eran los de la tiranía contra la cual se luchaba y cuyo recuerdo se deseaba extirpar. Toda la vida política de la colonia española se concentraba en Bogotá: en las poblaciones distantes reinaban la indolencia y el sopor. Algún hidalgo, aquí y allá, introducía furtivamente algunos libros prohibidos, y se alimentaba, en las soledades rurales en donde vivía, o en las no menos estancadas mansiones urbanas de pueblos adormecidos, con la lectura de los filósofos franceses del siglo XVIII. La enseñanza del latín que se daba en San Bartolomé y en el Rosario, en Bogotá, ponía a unos pocos en posesión de las tradiciones de las repúblicas griegas y de la romana, y ese ideal muerto de vida política era lo único que vivía en la mente de nuestros padres; pero ese era un ideal confuso, oscurecido por la niebla de veinte siglos. Costumbres políticas no había ninguna. Sentimiento de solidaridad y de asociación fraternal entre poblaciones diseminadas y sin relaciones en un vasto territorio, mucho menos. El amor a la patria había consistido para el pueblo en el amor y el respeto a ese ente desconocido que se llamaba «el Rey». Había en la población de estos países, por una parte, una masa inerte, amorfa, dispuesta a recibir cualquier gobierno y cualquiera forma de administración y la organización política no pasaba más allá de la forma local de tribu de los pueblos semi-salvajes. Por la otra, un pequeño número de filósofos formados en el estudio y en la contemplación solitaria, pero sin práctica alguna de la vida real e ignorantes en lo absoluto de lo que es la lucha de las ideas, pasiones e intereses encontrados de los hombres en organizaciones sociales reunidas y contrapuestas.

Naturalmente resultó de aquí que el primer gobierno de 1810 fue un gobierno paternal y filosófico, fundado en teorías abstractas y en el ideal de pueblos sepultados en el olvido por muchos siglos. Era un gobierno patriarcal, lleno de filantropía y de aspiraciones a la libertad, que pretendía apoyarse para todo en la razón humana: mitad Solón y Licurgo, Bruto y Catón; mitad Raynal, D'Alambert y Rousseau. Sobre las paredes de este edificio se había dado un baño de federación americana moderna para completar la ilusión. Estados federales no los había entonces. Provincias sin organización, sin rentas, sin milicias, sin Poder Judicial, sin un ejecutivo fundado en la tradición no eran ni podían ser lo que en los Estados Unidos se llaman Estados, que son repúblicas poderosas, perfectamente organizadas, capaces de defenderse contra todos y a las que sólo les falta el manejo de las relaciones exteriores, Gobierno federal obedecido, respetado, no hubo jamás. La anarquía y la guerra civil tomaron posesión de nuestra patria desde el primer día. Aunque nominalmente la primera organización de 1811 se componía de once o doce provincias federales,—aparte de algunos territorios que quedaban sin pertenecer a nadie y sin administración de ningún género—sólo había cinco centros verdaderos de alguna actividad política, que eran Bogotá, el Socorro, Popayán, Antioquia y Cartagena; pero en el seno de estas mismas demarcaciones políticas reinaba la mayor confusión. Cundinamarca pretendía incorporar dentro de sus límites a Tunja, Socorro, Pamplona, Mariquita y Neiva, y al favor de disenciones locales en esas provincias, obtuvo y aceptó pronunciamientos de incorporación a su obediencia, por parte de los Ayuntamientos de Sogamoso y Leiva, en la de Tunja, de Vélez y San Gil, en la del Socorro, y de Timaná y Purificación, en la de Neiva.

A pesar de estas dificultades, que no eran obra de los hombres sino de las costumbres de la Colonia, el gobierno federal de Tunja, combatido siempre por el partido centralista de Bogotá, encabezado por Nariño, el hombre de Estado, diplomático y militar más eminente de esos días,—el Gobierno federal de Tunja, decimos, que apenas era un embrión de gobierno, presidido por el eminente Camilo Torres, pudo ejecutar varios actos de vigor, que rápidamente enumeraremos:

1º Enviar sobre el Cauca y sobre Pasto una poderosa expedición, muy notable para ese tiempo, a órdenes del general Nariño mismo.

2º Enviar otra, para dar independencia a Venezuela, a órdenes de Bolívar, cuyo genio adivinó y puso en

relieve primero que nadie el sagaz instinto de Torres. Con ella hizo Bolívar, guerrero de treinta años de edad, la campaña inmortal de 1813.

3º La represión del partido centralista de Bogotá, cuya ciudad fue ocupada a viva fuerza por un ejército a órdenes de Bolívar, el 12 de diciembre de 1814.

4º El envío en 1815 de una expedición a Ocaña, para formar un ejército con qué socorrer la plaza de Cartagena, sitiada ya por Morillo. Esta operación, una de las más graves que hubieran ocurrido hasta entonces, confiada al joven Coronel Francisco de Paula Santander, que apenas frisaba en los 23, fue frustrada por la aparición repentina de Calzada en Pamplona con un ejército español, sacado del Apure con el cual batió en el río de Chitagá al ejército republicano del norte; circunstancia que obligó al Coronel Santander a retirarse precipitadamente a Bucaramanga, a defender el interior de Nueva Granada. Esta retirada, hecha sin perder un hombre ni un fusil mereció las gracias del Congreso y ha sido considerada como uno de los más brillantes hechos militares de la guerra de la independencia.

5º La organización militar de Casanare en 1814 y 1815, a órdenes del general Joaquín Ricaurte; hecho de alta previsión, pues Casanare fue luego en 1816 y 1818, la tabla de salvación de la libertad granadina.

6º La organización constante del ejército republicano del Norte, que mantuvo a raya los españoles, triunfantes en Venezuela desde 1814; pero ejército desgraciado a su vez, pues fue dos veces batido por el brigadier D. Sebastián de la Calzada, en Chitagá, llamado también Bálaga, en 1815, y en Cachirí, en 1816. Sin embargo de esos dos desastres, todavía hubiera podido presentar en mayo de 1816 un frente de más de dos mil fusiles y lanzas, a órdenes de García Rovira, Serviez, Santander y Monsalve.

La falange de hombres de Estado que se mostró a luz bajo las banderas federales en esos primeros días de la independencia hubiera podido hacer honor a cualquier país del mundo, y no ha tornado a verse entre nosotros ninguna lista tan numerosa después. Camilo Torres, Jorge Tadeo Lozano, Custodio García Rovira, Joaquín Camacho, José Acebedo, Emigdio Benítez, José María del Castillo, José Fernández Madrid, Crisanto Valenzuela, Luis Eduardo de Azuola, José Félix Restrepo, Sinforoso Mutis, Joaquín Umaña, José María García Toledo, José Ma. Salazar, Juan del Corral, José Manuel Restrepo, José Ayala, Miguel Pombo, José Gregorio y Frutos Joaquín Gutiérrez, José María Dávila, Joaquín Caicedo Cuero, Francisco Antonio Ulloa, José María y Miguel Cabal, Manuel Rodríguez Torices, Francisco José de Caldas y tantos otros, forman un haz tan poderoso de fuerzas intelectuales que causa asombro. Parecería que la naturaleza, previsora del próximo alumbramiento de un nuevo mundo político, hubiera querido preparar el acompañamiento indispensable de esas nuevas instituciones. Puede ser también que las crisis supremas de los pueblos retiemplan la inteligencia y el carácter de los hombres que figuran en ellas.

Toda esa larga lista de hombres distinguidos fue borrada por los cadalsos de Morillo y de Sámano: sólo cinco o seis de ellos sobrevivieron a la vuelta de la libertad. El día en que Boyacá abrió de par en par las puertas de la independencia, el día en que seriamente se trató de organizar un gobierno faltaron hombres. No había más que guerreros, caracteres enseñados a la violencia, corazones heridos en sus afectos de hijos, de padres o hermanos, respirando venganza. Mala argamasa para cimentar la República.

Esa era una de las dificultades supremas de la situación. La otra, que no había instituciones ni modo de darlas en medio de la guerra. La campaña de Bocayá había abierto apenas una trocha de sangre hasta la capital del nuevo reino; pero todo el resto del territorio quedaba aún bajo el poder español; de Lucas González en el Socorro, de Warleta en Antioquía, de Calzada en el Cauca, de Sámano en Cartagena. Morillo o alguno de sus tenientes no podía tardar en aparecer por el Norte: refuerzos españoles enviados del Perú podían llegar de un momento a otro por el Sur. Había sido ensachado el teatro de la guerra, pero no cesado sino crecido la necesidad de allegar elementos para combatir y vencer.

La tercera, en fin, no só'o la falta de rentas organizadas y de crédito para levantar empréstitos en un país arruinado por la guerra, sino la escasez, la falta total de artículos de guerra y de medios para traerlos del

extranjero, dueños como eran los españoles de todos los puertos, excepto Guayana, y de todos los ríos, excepto el bajo Orinoco y el alto Apure.

Sólo una actividad incansable y un espíritu de orden y de justicia nunca desmentido podía hacer frente a esas dificultades. En pocos días hubo recursos para enviar jefes y bases de columnas en todas direcciones. Antonio Obando y Manuel Valdés hacia el Sur, José María Córdoba a Antioquia, Hermógenes Maza al Magdalena; oficiales y reclutas a Anzoátegui, a Tunja, a Soublette a Pamplona, dinero en gran cantidad a Angostura.

No era ésta, empero, la dificultad del momento, la cual estaba más en el orden moral que en el físico. Eralo, a nuestros ojos, la necesidad de empezar a establecer en las costumbres la forma de la vida republicana. La antigua sociedad colonial se desplomaba; el espíritu de obediencia a los superiores, la clasificación jerárquica de las capas sociales, de la explotación de los inferiores por los superiores, la negación de los derechos individuales y la absorción completa del hombre en el Estado o en la Iglesia; todo eso que en la sociedad antigua constituía el orden, aquí tenía que desaparecer en medio del cataclismo de esa guerra de quince años. Había que fundar una sociedad enteramente distinta sobre bases de igualdad social y política, sobre el reconocimiento de los derechos de todos, sobre la fundación de un principio de autoridad emanado de la ley. Sometido al consentimiento general, y ejercida de acuerdo con un principio de alternabilidad incesante. Todo eso requiriendo una participación universal en la vida política de un pueblo acostumbrado a la más absoluta prescindencia y olvido de los intereses generales. Fácil era, y entonces más que nunca, fundar la obediencia en el miedo y la autoridad en la espada: no solamente fácil, sino que parecía que no pudiera existir otro estado sino ese. Gobierno militar de una aristocracia militar, era todo lo que podía esperarse ver surgir de esa situación, como surgió en México y Centro América, y aun en las repúblicas del Plata, hasta la caída de Rosas.

Hasta donde se deba, en parte a lo menos, un resultado distinto entre nosotros a los trabajos del General Santander, no es fácil decirlo; pero es forzoso admitirlo en principio. No era el General Santander un soldado sin educación civil: afortunadamente la revolución le había sorprendido en los momentos en que daba fin a sus estudios políticos, bajo la dirección de patriotas eminentes: sus últimos maestros habían sido los doctores Gutiérrez (Frutos Joaquín) y Emigdio Benítez, ambos fogosos republicanos, muertos después en el patíbulo. En San Bartolomé había recibido la iniciación sagrada al ministerio de la ley, y era sacerdote de su templo. Con el General Santander continúa la práctica real del sistema republicano en el gobierno, iniciada en 1810 por los primeros padres de la revolucion. Entre el Congreso de Cúcuta, convocado y elegido bajo los auspicios del General Santander, en 1821, y el constituyente de Angostura, reunido por el Libertador Bolívar, se nota ya la diferencia entre los dos principios y la lucha que más tarde había de surgir entre los dos hombres. Bolívar era un legislador militar: Santander un militar jurisconsulto.

"El estupendo cornudo"

(Marginal)

(Escrito para el *Rep. Amer.*)

Llegó a mí este drama como otros tántos libros: en ese rebuscar continuo adonde me lleva la bibliomanía aguda de que padezco. La garantía de ser publicado por la «Revista de Occidente» y, no lo niego, lo exuberante del nombre, me sedujeron, no así el del autor totalmente desconocido para mí.

Los diccionarios—amigos preguntados, nada sabían—dicen muy poco de Fernando Crommelynck; francés para el Espasa, belga, para el Sopena, lo interesante es que ha escrito varias obras que lo elevan a dramaturgo egregio: NO IREMOS MÁS AL BOSQUE, EL ESCULTOR DE MÁSCARAS, EL MERCADER EN PENAS, pero es el ESTUPENDO CORNUDO el drama que ha recorrido triunfalmente las ciudades principales y que ha sido traducido a varias lenguas.

Es el tema perdurable de los celos en una tragedia original y de nuevo sabor. Las líneas umbrales—Stella con su canario y geranios bien amados—preparan le ánimo para íntimo deleite. Este cuadro, como otros tan bellamente pintados, recuerdan a los poetas primitivos, los dilectos y ensalzados por el incomparable Azorín.

Nada, por ningún punto en el horizonte, se vislumbra la cruel tragedia que ha de ir lacerando al avanzar en sus páginas. Liminares del acto primero: Bruno y Stella realzan la armonía de un decorado alegre: jardín florido y cielo azul; verde lechoso de puertas, escalera y galerías. ¡Y qué bien calzan aquí las palabras de Paul de Saint-Víctor a propósito del Otelo! Desdémona llega a Chipre.

«Es éste un momento único en el drama: la pareja enlazada no aparece más que un instante en el colmo de la felicidad, en el resplandor magnífico de la pasión correspondida».

Más de una vez el análisis saint-victoriano de ese drama de Shakespeare podría aplicarse al de Crommelynck, aunque hay hondas diferencias entre ellos.

Petrus, amigo de Bruno y primo de Stella, regresa a su tierra después de ausencia prolongada; estará con ellos medio año para volver a partir.

«Petrus capitanea una corbeta que canta al viento como un bosque de Chopos».

Stella es la mujer dulcísima, la amadora por excelencia y Bruno es para ella la razón feliz de su vivir. Los personajes todos de este drama merecen la lupa adleriana de la que no haré uso por inconsistencia de conocimientos. Memé, la Nodriza, es la figura más amable, con ese olvido constante de sí misma que le permite prodigarse a los demás. Espíritu superfino que seda los martirios de las almas con la tenuidad del roce de un ala de mariposa. Estrugo, el gestoso, de gesto, el Sosias de Bruno y a quien:

«El gesto parece servir de trampolín a la palabra. Si le ocurre no poder expresarse, su gesto queda largo tiempo en suspenso».

Estrugo es el escribiente y Bruno, el redactor local; entre sus tareas, labor fácil para él que ama tánto, está la de escribir cartas de amor. El resoplante y sudoroso burgomaestre es el tipo del equilibrista, del que nunca se compromete y a quien Bruno inquieta de continuo con la apología de su Stella. De sonrisa dulzona, audaz y guapo mozo, el boyero es personaje importante en este proceso amoroso. Pletórica de color la escena en que aparece la primera vez.

Bruno ha ido lejos en busca de Petrus, pero atenazado por una ausencia de varias horas—ama tánto a su Stradivarius—decide regresar solo después de los abrazos de bienvenida. ¡Cómo se quieren Bruno y Stella y cuánto calor hogareño desean brindar al muy dilecto Petrus!

Una vez más, es poseído Bruno por la exaltación amorosa que lo lleva a decir coram populo, todas las maravillas de su esposa. Por eso es que el pastor, el conde, el boyero, saben de sus lunares y de la flexibilidad que le permite doblarse como una liana, la nuca al talón.

En vano Strugo pretende alejar a su amigo del tema amoroso que lo absorbe hasta en su trabajo. Continuamente mezcla con él las expresiones más dulces y sutiles que su lirismo crea para ella. Petrus en su hogar, brillante oportunidad para recordar con fruición los años de infancia que vivieron juntos los tres y en que él comenzó a amarla y... de nuevo encendidos elogios. Huyó la espontaneidad que antaño reinara entre los primos: se muestran tímidos.

—Stella (intimidada): Fuimos enemigos.

—Petrus (sonriendo): Porque era más fácil.

Como una madre amorosa que pide a su hijo que haga todas las gracias, Bruno reclama de Stella:

«Haz la reverencia... Saluda... Vuelve... Gira... Valsea...»

Pero en su exaltación ya morbosa, cree que aun no ha sabido expresar toda la excelsitud de su mujercita... Ha tomado una determinación que le será fatal. Es posible que no ésta, cualquiera otra, habría provocado la tragedia.

«Stella, ramillete mío. Muéstrale tu pierna!»

Inútil protesta de ella porque:

«Petrus es primo tuyo y amigo mío».

Obedece y él prosigue en febril amorosidad:

«Petrus, mira... Hasta más arriba de la rodilla; que él te descubra tal y como debe soñarte».

Se enardece cada vez más. Su frenesí erótico ya no sabe de límites y entreabre el corpiño de la espantada joven.

«Tu seno, tu senito... »

Petrus mira ávidamente. Se sucede un silencio grávido de presagios. ¿Qué leyó Bruno en la mirada de su amigo? Desequilibrado, ya nunca recobrará su normalidad. Y aquí, con la terrible bofetada que da a Petrus, se entra de lleno en el drama excepcional.

Lo ofensa inesperada es la génesis de una escena en que alternan el insulto con la palabra acogedora que quiere brindar hospitalidad cordial. Y, naturalmente, la incomparable Memé aparece en su misión de dulcificadora del pesar ajeno.

Un soliloquio roedor tiene aniquilado al infeliz Bruno. Al aparecer su Sosia, el monólogo acerca de la fidelidad de Stella continúa en voz alta. Bruno pregunta, responde, se desalienta, cree, duda; imagina que Estrugo—quien nunca tiene tiempo para responder y cuya emoción es traducida en «gestos suspensos»—le contesta y sobre esta base, discute, se altera, le dice que miente, que defiende a Stella. De pronto Bruno siente todo el horror que significa haber dudado de ella; se tranquiliza y reconoce que está enfermo. Presto renace la duda y pregunta al Gestoso si la convivencia no será peligrosa. Bruscamente y bastante alto grita:

«Estrugo, soy cornudo».

Y un caos sigue su marcha ascendente. Petrus es despedido, Stella martirizada y Bruno obsedido.

Todo es tenebroso en el acto segundo. El dolor exacerbado ha hecho ya sus víctimas: por el sufrimiento Bruno ha adquirido un color bilioso que acentúa la melancolía ambiental. Muy sutil Crommenlynck para pintar el desasosiego de alma del poseído por la duda. Escena feral cuando el celoso pide a su amigo:

«Desuéllame vivo! Atraviésame el corazón! Quema! Retuerce!»

Y cuando cree a Estrugo cómplice de Stella.

Todas las ternuras que en su enardecido lirismo prodigaba a su Stradivarius, se han trocado en insultos cortantes. Perecieron ya aquellas filigranas que con los adjetivos hacía. En su desvarío, imagina paisajes a los que ella da un nuevo tinte de esplendidez y adonde él (quién?) la lleva para disfrutarla.

Conforme avanza su locura, Bruno va aumentando la distancia con respecto a su esposa: ya no la nombra.

«La que corría... » «La que ha salido... » «Aquella a quien... »

Como si de esta manera consiguiera alejar el cáliz acerbo!

No basta la reclusión de la amada para tan celoso marido que con esto hace recordar al extremeño de Cervantes. Stella lleva manto negro y cubierto el rostro con una máscara. Ella, paciente, se somete a sus caprichos para probar su inocencia; llega a los sacrificios más inauditos esperanzada en la curación de su bienamado. A veces es tanto el martirio, que Stella repite maquinalmente las palabras de Bruno y en su desesperación, le pide que la mate.

La fe renace durante pequeños y espaciados lapsos en que acusa acremente a Estrugo de haber inventado tantas historias. El lector se alivia por Stella, es una tregua, aunque aparezca otra víctima. Pero los celos surgen de nuevo con impetuosidad devastadora y no la deja ni trabajar en su bordado:

«Es una tarea que deja volar la imaginación».

El tampoco puede trabajar porque su oficio de redactor de cartas amorosas se convierte en válvula de escape. A menudo el solicitante trueca su goce inefable en espanto porque su sentir, tan bellamente expresado por Bruno en frases cantarinas, remata en amenaza mortal.

Giro nuevo toma la tragedia. Bruno dice:

«Para no dudar más de tu fidelidad, necesito estar seguro de tu infidelidad».

Y exige de su desventurada que lo engañe (?) en su presencia. Ineficaces las súplicas ardientes de ella, pero hoy más que nunca, él es el amo. Bruno se ha ido sutilizando en el arte de hacerla sufrir; ahora pide: delante de él y con Petrus. A su amigo le pide la certidumbre salvadora. Escena que desconcierta. Bruno incita a cometer la acción vil; ruega, insulta, amenaza, exora.

«Petrus (exasperado): Ven, Stella, le daremos gusto».

«Stella: Bruno, soy la más desdichada de todas las mujeres».

La puerta se cierra. Ahora todos creen: han tenido prueba eficiente, pero Bruno dice que ellos se han puesto de acuerdo para representar una comedia.

«Si no es Petrus, quién es?»

Lo dramático parece haber huído en el tercer acto: no más encierro y ella ríe muy alto entre jóvenes alegres. Mas, esa risa tiene dejo amargo; no es la que oímos en el umbral del acto primero cuando conversaba con su canario y sus geranios. La decrepitud ha puesto garra inflexible en el joven Bruno y su obsesión ha destrozado la vida de Stella: hoy es de todos. Ante él hay escenas de amor que juzga vana y nueva superchería femenina. Labor ardua se impone luego: dar, entre tántos, con el que Stella ama. Vuelve a ponerse lírico al exaltar sus encantos y él mismo la entrega a sus amantes que disputan groseramente su posesión.

Ya Bruno no está loco: se ha embrutecido. Dice y tolera que otros digan palabras soeces ante su delicado Stradivarius. Ni exhortaciones de los sesudos, ni consejos amistosos logran poner orden donde todo es confusión. Un ritornelo la duda de Bruno. Un ritornelo que va creciendo en una intensidad desesperante por su dramatismo. Y sentir que no se puede abandonar la lectura porque la emoción nos tiene asidos y nos lleva hasta el final; emoción semejante por la fuerza a la que nos llevó martirizados a concluir la Condición Humana de Malraux!

Carnaval en Cortrijk. Bruno ha salido con Estrugo y Stella va a descansar. Hombres enmascarados dan serenata a la bella, Bruno entre ellos, la requiere de amores en versos que tan pronto son ditirambos como reproche acerbo. Ansiedad y alegría en la joven (también ella tiene su curva emocional) que halla semejanzas con su amado. Rechaza la proposición del poeta porque se siente capaz de quererlo. Hastiada de placer, quisiera el amor.

«Eso no. Contigo. Contigo que me amas».

Es arrastrada a su habitación. Se sucede un escándalo de mujeres celosas. Luego Bruno exclama:

«Estrugo, soy cornudo hasta donde se puede ser».

La vindicta pública también es implacable con la desdichada y Bruno es azuzador arrebatado de aquella jauría moralizadora.

Altos y bajos de un espíritu en honda pena y que ansía... no sabe qué.

«Todo vuelve a comenzar. Stella nos ha hecho una comedia. Y el otro, Estrugo?»

En el último cuadrito, la joven regresa después de haber sufrido humillaciones públicas. Los aldeanos que la supieron tan feliz, la han escarnecido. ¿Habrán saciado su sed moralizante? Hasta deben creer que vengan así la afrenta hecha al enamorado esposo. ¿Sólo Memé comprende la tragedia de su chiquilla? ¿Unicamente ella la alivia y la defiende? No: el boyero la ama, talvez con un amor asaz primitivo, pero la quiere y es defensor valeroso.

La Nodriza dice: «Cuando pienso que casi lo mato un día. Es él el que te envolvió en su zamarra. Pobre! Te habías quedado hasta desnuda... Bah! no te avergüences Estabas más bonita en tu miseria que todas esas lobas en su gloria. Envidia pura».

Bruno se ha excedido y Memé ya no soporta. Ella que ha disimulado tánto! Habla ya de buscar un verdadero enamorado que haga olvidar aquella infamia. Stella ama demasiado a su verdugo. Con su música, sus versos y su máscara, volvió a conquistar su alma. Memé no comprende.

Jubiloso entra el boyero que ha vengado a la ultrajada y viene a llevársela; la cree conquistada en justa lid. Ella agradece su generosidad y admira su valentía y... nada más. El recurre a su fuerza y ella resiste, se desase de sus brazos y le da una bofetada. Bruno, acudido a los gritos, dice:

«Le pega. Le ha pegado. Luego, es él! Y apunta con el fusil al boyero. Stella enloquecida besa al boyero: el amor ha muerto para ella. Palabra que sólo expresa sufrimientos estériles y dolor in-

conmensurable. En el corazón del boyero ansía encontrar la seguridad de poder serle fiel y con él se va.

Una carcajada neurótica del celoso y de nuevo el ritornelo:

«Es otra de sus farsas. No me engañarás. No me engañarás».

Finalizan el CORNUDO ESTUPENDO.

Por su lirismo, este drama recuerda el Cantar de los Cantares. Cotejables Otelo y el Cornudo Estupendo. Cormelynck como Shakespeare, han elegido bien una naturaleza sensible a los ataques de la más violenta de las pasiones. Otelo y Bruno son bien distintos, pero tienen un denominador común: un temperamento fácilmente asible por una pasión. Y por eso a la hora de actuar, la descargan de igual manera. Sin embargo, Otelo encuentra rápida solución a su problema en el uxoricidio. Aun no: la verdad llega a Otelo casi tan pronto como a Desdémona la muerte. Nueva tragedia para El Moro. El suicidio le dió la liberación.

Bruno, en cambio, está en un impasse. Ahí se debate, ve claro, se tortura, reama con ímpetu nuevo, se hunde en la desesperación. Ya sólo existe para sus celos, como antes para su amor: todo y todos han perdido para él su significación. No es capaz de matar ni de matarse: es la indecisión, algo peor que la muerte. Otelo resolvió la situación. Bruno y Stella deben seguir viviendo.

El parangón cabe también entre Desdémona y Stella, pero ésta parece simbolizar mejor que ninguna otra heroína, la fuerza para el sacrificio. ¿Habría soportado tántos la dulce Desdémona?

Reminiscencias de El curioso impertinente de Cervantes. Lotario, como Petrus, sabe ser amigo. Si el capitán se queda, ¿no habría caído también en el amor? Una curiosidad patológica va exaltando a Anselmo; hasta idea un plan completo de seducción, insensato, en que él mismo cooperará.

En Bruno es su pasión frenética que lo guía a ser destrozador de vidas. No hace plan: actúa rápidamente, no debe saber por qué. Anselmo reconoce que su curiosidad es enfermiza y pide ayuda a Lotario para lograr satisfacción. Este pone argumentos juiciosos para no hacerlo, pero Anselmo exora y el asunto sigue curso normal. Bruno suplica a Stella y a Estrugo que lo curen de su mal y reconoce que tiene una feroz enemiga en su imaginación. Stella se defiende como Camila; ésta se enamora y logra felicidad, aunque no duradera. Stella es víctima y sólo consigue hacerse cada vez más desventurada.

La comparación podría extenderse mucho más, pero me alejo del propósito que lleva este comentario: interesar a los lectores en la obra fina del escritor Crommelynck.

Una editorial argentina anuncia la publicación de otro libro suyo: CARINA, el más audaz de los dramas, dice una leyenda.

GUIOMAR

Costa Rica, febrero del 40.

TESTIMONIOS

El condicional

Uno de los colaboradores de *L'Illustration Francaise* condena el uso del condicional que se ha introducido en la prensa en los últimos tiempos. Es el sistema huidizo, hipócrita y poco gallardo de hacer sugestiones, de decir las cosas y no decirlas. El arte paupérrimo de no comprometerse: «Fulano habría hecho tal declaración». «Zutano sería el responsable de tal suceso». «El gobierno habría pactado esto o lo otro». El condicional sirve para todo; pero es conveniente como lo dice el escritor francés, impedir que el condicionalismo se inyecte en la prensa, la desarticule y la envilezca.

El dinamismo

Julien Benda hace en *Marianne* el análisis del dinamismo, azote de la humanidad. Los dinámicos son seres eminentemente peligrosos. Tienden a invadir el terreno ajeno. Se mueven en todas direcciones y crean a cada paso conflictos y choques. Según Benda, el ejemplo típico del dinámico es Hitler. El fuehrer le ha impuesto a su pueblo la ley del movimiento perpetuo y lo ha llevado a guerrear en todos los frentes. «Quítate de aquí para colocarme yo en tu lugar». Tal la ley del dinamismo, que es también el desprecio de cuanto significa moderación y respeto al derecho ajeno. Descendiendo a otros niveles, sufrimos en la vida diaria de los hombres dinámicos, cuya acción es en ocasiones funesta, y siempre incómoda. Sujetos que van por las calles a largo paso, masculIando proyectos, más o menos insensatos, y que cuando llegan a imponerse, lo que por desgracia no es raro, son una catástrofe. Por desgracia, las gentes suelen admirar a los hombres dinámicos; cuando lo que deben hacer es colocarles un cordón sanitario para limitar el campo de sus actividades. La civilización no es sino la resultante de una lenta lucha contre los hombres dinámicos. La derrota de Hitler será la del dinamismo.

(Calibán, en *El Tiempo*, Bogotá, 14. XII. 39).

La erudición libresca

El escaparate de la erudición no era una particularidad de Montaigne en ese tiempo en que la cultura griega y romana lo presidía todo. Gibbon subraya, certeramente, que el estudio de las letras antiguas, que se remonta a tiempos más lejanos que los principios del Renacimiento, ha retardado más que activado el desarrollo intelectual de los pueblos de Occidente. Y es que más que modelos se buscaba en ellos la inspiración y el aliento. La erudición de los tiempos de Bocaccio y Rabelais pesaba sobre las inteligencias y, lejos de ayudarlas a su liberación, las ahogaba. La autoridad de los antiguos, y particularmente de Aristóteles, empujaba a la cultura a caminar por las rodadas y durante el sgloi XVI la Universidad de París no formó más que pedantes y fámulos.

Montaigne no llegó a sublevarse contra esta erudición libresca, pero supo asimilarla tanto y adueñarse de ella en tal forma que no perjudicaba para nada su pensamiento y por ello se distingue de todas las demás. Por otra parte, cediendo a la moda, obstaculiza de citas sus escritos; pero «¿para qué nos sirve tener el vientre lleno de viandas si no se digieren y transforman en nosotros y tampoco nos aumentan y fortifican? (Libro I, capítulo 25). Más delicadamente, Montaigne se compara a las abejas que «hurtan de aquí y de allá a las flores, pero luego hacen la miel que les pertenece por entero».

(De André Gide, en *El pensamiento vivo de Montaigne*. Editorial LOSADA. Buenos Aires).

*

Respuesta memorable

Esta reina Isabel, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, fue la que respondió con altivez al embajador de Felipe II, nuestro conde de Feria, que le ofrecía el apoyo de su señor: *Mi posición actual la debo al pueblo y no tengo otro apoyo más que él.* Si todos los monarcas se hubieran conducido de este modo, habría habido más paz en el mundo y menos reyes decapitados o destronados.

(F. Beltrán: *El Libro y la Imprenta* Madrid, 1931).

Eso es ser «ecléctico»

Entretanto, en el orden filosófico, en el orden social, la exigencia del nombre, por el público, es, al contrario, imperiosa. Aquí, es forzoso presentarse con alguno; y ello es difícil cuando se piensa de una manera algo comprensiva; en tanto que el nombre hasta viene solo cuando se piensa con una sola idea.

Esto, para la práctica, es, pues, bien grave. Los que piensan mal, tienen nombre. Para poder combatir en la práctica contra ellos, necesitaríamos un nombre; pero, ¿cómo hacemos?

Y todavía, para colmo, algunos dirán: ¡Pero si eso tiene un nombre, y un nombre conocidísimo! Eso es ser «ecléctico».

Y esto es lo más grave de todo.

El eclecticismo es un modo de pensar mezquino, pobre, en realidad ininteligente, que consiste en *pensar con lo pensado;* «tomar lo bueno» de lo que han pensado los demás: en más o menos casos, puede llevar a aciertos; pero es condenarse de antemano a quedar dentro de lo pensado, o, en todo caso, a determinarse por lo pensado.

Y, prácticamente, lo que sale de ahí es, desde luego, indirecto. «Eclecticismo», en el sentido habitual es tomar *partes de otras doctrinas;* en tanto que *el verdadero modo de pensar, el bueno, es examinar directamente las cuestiones, y buscar directamente lo verdadero o lo bueno.*

Ahora, eso sí: podrá ocurrir; más aún: ocurrirá generalmente, que, pensando de ese verdadero modo, — directamente—, nos encontramos de acuerdo en parte con los unos y de acuerdo en parte con los otros; pero eso es una *resultante:* lo que es absurdo, mezquino e ininteligente, es condenarse de antemano a eso.

(Del Dr. Carlos Vaz Ferreira: *Sobre los problemas sociales*. Editorial Losada. Buenos Aires 1939.)

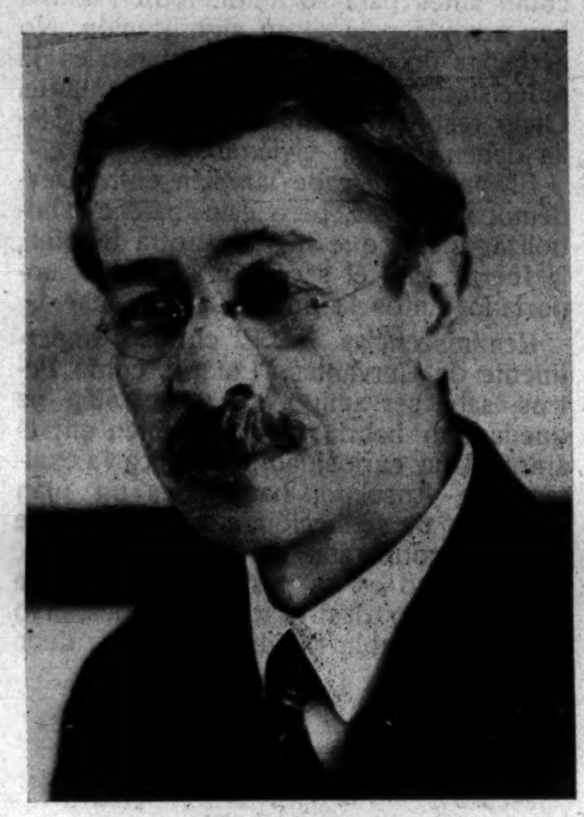
Una fe y una vida

(De *El Tiempo*. Bogotá, 18-III-40)

La muerte del ingeniero Alejandro López deja recuerdos saludables y enseñanzas de provecho. Poseyó en sumo grado una cualidad rara en los colombianos, que fue la fe en sí mismo. Esta bella disposición de espíritu, que a no estar acompañada de saber competente y de inteligencia abierta a la comprensión de la vida y de las humanas flaquezas suele degenerar en pesado y difuso egocentrismo, cuenta entre las cualidades que son menester para llevar a su posible grado de culminación las naciones incipientes. El defecto fundamental de los habitantes, de la mayor parte de los habitantes del trópico, es el temor a las responsabilidades, de lo cual resulta el culto de la incompetencia. El miedo a la crítica desequilibra las facultades activas de muchas inteligencias. De donde acaece que la voluntad tenaz y la fe en sí mismo viene a ser el distintivo de las inteligencias mediocres y de la ignorancia esmeradamente cultivada.

López, el ingeniero, cuya digna vida acaba de desaparecer, acompañó la fe en sí mismo de un conocimiento profundo de su profesión y de nociones precisas y documentadas sobre las ciencias adyacentes, sin descuidar las disciplinas de la filosofía. Era hombre de estudio, de acción, de disposiciones especiales para la enseñanza. Sin embargo, la cualidad dominante de su espíritu, a la cual le debe el país servicios y avances culturales, fue la fe en sí mismo. Las ciencias se enseñan, las ideas se defienden, las nociones aventuradas o felices son susceptibles de difusión o de triste y segura derrota; pero la fe en las propias capacidades y la decisión de cada momento de ponerlas en práctica y dedefender sus realizaciones, no es cosa de aprender, para quien no ha nacido con esa vocación de actor en la escena de la vida, de héroe si es necesario y de mártir en la peor de las contingencias.

El ingeniero López quiso hacer de su muerte un símbolo. Fue su voluntad



Alejandro López

que el recuerdo de su vida se perpetuara con un simulacro en que se hiciera presente a las generaciones sucesivas, cómo la tenacidad en el propósito y la fe en sí mismo y en las posibilidades de la patria son el más sólido fundamento del éxito para el individuo, de la prosperidad para el estado. En la entrada del túnel de La Quiebra, en el ferrocarril de Antioquia, una losa de mármol o una placa de bronce van a perpetuar la memoria de un hombre que tuvo fe en su inteligencia y en sus conocimientos y luchó contra la opinión de muchos sabios y profanos, para hacer prosperar sus ideas y darles cima a sus propósitos. El túnel de La Quiebra ponía un santo temor en los corazones de los economistas, habituados a refrescar sus ideas en los clubs y restaurantes de la capital antioqueña. «El costo, decían, de esa obra será tan elevado que el ferrocarril no producirá nunca lo suficiente para pagar el interés de las sumas invertidas ya en su construcción y por invertir en el túnel». Automóviles baratos y camiones inverosímiles continuaban transportando por las faldas de la cordillera pasajeros y carga de un extremo a otro del enorme hiato que la indecisión y el miedo habían dejado abrir en el curso natural de la ferrovía. Crecía el volumen de las palabras impresas y el viento se llevaba por sobre los carboneros florecidos de las bellas avenidas medellinenses columnas de argumentos orales contra la obra del túnel. El capital de los unos creía defenderse contra una posible calamidad futura y la incompetencia de los tímidos buscaba argumentos bajo el polvo de los fracasos ferroviarios. López argüía de una parte que la carretera y los vehículos que de ella se servían para el tránsito sería por el rigor de los hechos más costosa que el túnel, y de otra que los caminos de utilidad pública no se construyen ni se explotan según el criterio caminero de las sociedades anónimas sino en consonancia con las honradas prescripciones de las necesidades nacionales. ¿Qué interés le suministraban y le suministran al fisco los elementales caminos de herradura, las calles públicas de la ciudad, los puentes, y los edificios públicos?

Por encima de los argumentos, al lado del celo capitalista, más allá de las cavilaciones de la ignorancia, la razón acabó por imponerse. El túnel de «La Quiebra», obra excepcional del genio antioqueño, y de la voluntad de esa raza, se debió en parte principal a la fe en sí mismo de Alejandro López, ingeniero civil.

Su vida es un símbolo, como hemos dicho, y él escogió el emplazamiento de su tumba para que subsistiera después de él un testimonio de sus éxitos.

Colombia, todos los colombianos, debemos aprender la lección augusta. Colombia está abrazada por el mar al norte y al occidente de sus límites naturales. El mar la ha llamado siempre y el océano está marcando su destino. Todavía no tenemos una vía férrea que comunique a la capital con Buenaventura. Otro hiato de más penosa apariencia que el de «La Quiebra» se interpone entre Colombia y su destino manifiesto. Se aducen todavía los mismos argumentos que en los días en que Alejandro López defendía la obra que ha de inmortalizarlo. ¿Cuál será la figura colombiana destinada a recordar a los colombianos en Ibagué o en Armenia la terminación de la obra con que hemos de corresponder al abrazo del océano?

B. Sanin Cano

Apulo, domingo de Ramos

El Dr. Alejandro López

Berna, febrero 28 de 1940.

Señor doctor don Jorge Uribe Márquez.
Bogotá.

Querido amigo:

En viejos periódicos leí la noticia de que el doctor Alejandro López estaba gravemente enfermo. Después no supe más y lo juzgué restablecido. Hoy, en un número que me acaba de llegar de «El Espectador», leo con sorpresa y con dolor que ese ilustre colombiano y noble amigo dispuso que lo enterraran debajo de los rieles en alguna parte de la línea del Ferrocarril de Antioquia. Linda disposición que muestra hasta el momento de la culminación de la vida, que es la muerte, y la muerte en belleza, lo entrañable de su amor por la ciencia y por su tierra.

Ha perdido Colombia a uno de sus hijos más capaces, más estudiosos, más tesoneros, más dignos. La obra entera del Dr. López fue una ofrenda a la patria. Con afán, con diligencia, con talento, estudió sus problemas e indicó soluciones, que siempre supo defender con el poder que dan la convicción y el desinterés, orientada la mirada al porvenir pero muy bien sentadas las plantas en la realidad del presente. De talento poderoso y de voluntad indomable, en las reformas sociales y en las reformas materiales dejó su aporte de idealismo y de fe, de construcción y de esfuerzo. Fue un realista y fue un orientador. No sintió nunca la fruición, casi ni la necesidad, del descanso. Recuerdo la sonrisa de complacencia con que comentaba la opinión de Juan Lozano de que para él la vida sería completa si los week-ends se pudieran pasar en la oficina trabajando. Como descanso fue el pelear, en la gesta española, en el doctor López fue descanso escribir, meditar, comentar, obrar, inventar, hacer de buzo en el mar de la ciencia y reaparecer maltrecho o radiante, pero siempre con una perla arrancada a las conchas profundas.

Sus condiciones morales, por otra parte, su adhesión al hogar, la sensación de muro y hiedra que daba con su compañera, su resistencia para el dolor, todo hacía de él, se estuviera de acuerdo con sus tesis o se estuviera en desacuerdo, un hombre admirable. Pensé como él muchas veces, otras diferentemente, otras en contra, pero siempre sin ocultarle mi admiración y mi respeto. Su muerte hiere en mi corazón al colombiano y hiere al amigo. Quiero que usted, tan unido a él por vínculos irrompibles, sea el mensajero de mi pesar ante la noble dama, hermana suya, que fue la esposa de él en tantos años de vida limpia y de vida laboriosa. Lo mismo ante sus hijos. Al doctor Libardo voy a escribirle. Acepte usted mi estrechísimo abrazo.

Su amigo y servidor, muy atento,

L. E. Nieto Caballero

(*El Tiempo*. Bogotá, 3-IV-40)

Meditación sobre Porfirio Barba Jacob

Por ANTONIO LLANOS

(Colaboración para el *Rep. Amer.*)

Un pensamiento de Montaigne sirvió a Porfirio Barba Jacob para desenvolver la maravillosa sinfonía de uno de sus cantos. Esa voz, tan honda en sugestiones melódicas, vino a ponernos en contacto con su paisaje espiritual y a comprobar la analogía que existe entre el hombre y la obra de arte, dos términos distintos entre sí en el trágico cotidiano, pero sutilmente ligados en el mundo interior. Porfirio Barba Jacob no hizo otra cosa en «La Canción de la Vida Profunda» que unir su grito a la voz metafísica y tratando de sustraerse a la fugacidad de las cosas humanas enseñarnos su evangelio de belleza, a ratos terrible y sombrío como el monólogo de Hamlet. Cuando ese alarido nos revela que «acaso ni Dios mismo nos podrá consolar», nuestra voz se enronquece y al preguntar al infinito solamente escuchamos el rumor clamoroso de nuestros propios interrogantes.

«La Canción de la Vida Profunda» es un largo sollozo humano. En cada una de esas voces líricas nos entregó el poeta su dolor y su alegría, su angustia y su duda, mas alejado de las complicaciones filosóficas porque sabe que la filosofía es un arte de condensaciones y no se puede recurrir a ella para expresar la tormenta que se cuaja en los espacios íntimos, sino al grito tremente que puede ser, como en Beethoven, una melodía desgarradora. Ese es el por qué de ciertas interrogacioues del poeta que nos sorprenden como notas filosóficas, pero que no son en realidad más que un vuelo lírico. Apartad la inteligencia de toda preocupación moral y aun estética y seguid el curso musical únicamente. No hay sino sollozos que nos recuerdan un dolor escondido y que como las burbujas del champaña encienden los labios de un deseo de embriagueces. Si no fuera así nos encontraríamos con un insincero; pero las voces temblorosas de sus versos nos están azotando el alma y nos han recordado que todo es vano. Vana esta pavura ante el enigma y vano este cantar elegíaco; vana esta lumbre del crepúsculo y vana esta sombra del alba. Es Salomón o Tomás de Kempis quien nos invita a la meditación? La filosofía lancinante de la Imitación de Cristo es un método áspero de desilusiones para acercarnos a Dios. Pensad en la muerte como en un negocio trascendental, se os dice allí, mientras que estos poemas que tienen el sabor salobre del Eclesiastés, si os proponen el tema de la muerte, antes os han dejado oír un suspiro deleitoso como una frase ardiente del Cantar de los Cantares.

***

Cómo ha realizado Barba Jacob su ideal artístico? Este es el problema que tiene que establecer el analista antes de internarse en el bosque lírico. Este hombre que nos ha gritado un dolor y enseñado una herida es a veces contradictorio, y lo es porque es sincero. Su voz al asediarnos con un interrogante angustiado resume la perspectiva de su obra. En estos versos no puede buscarse una exégesis del tema fundamental de la existencia y apenas hallaremos un camino para ascender al sueño, para interpretar nuestro destino en una divagación melodiosa, jamás para encontrarnos cara a cara con la verdad. Joubert explicó cómo los poetas buscando la belleza hallan la verdad. Y Keats redujo su evangelio a esta fórmula estética: «La belleza es la verdad y la verdad es la belleza». Pero es mejor que el artista no se preocupe de estos conceptos a fin de que no limite las sensaciones, pues incurre en el error de confundirlas. No debe tratar de definir la belleza si no quiere correr el riesgo de limitarla, sino seguir su irradiación que magnifica la vida, esplendor total de la belleza aun cuando afirme lo contrario el filósofo griego.



Barba-Jacob
(Visto por *López Méndez*)

***

Tarde lo llegó a comprender así Barba Jacob. Un día el poeta encontró su propia imagen, y como ha observado Rafael Maya se desnudó entonces en el ejercicio de su arte y tembló ante sí mismo como una llama al viento. Su poesía elaborada ya sin interrupciones, desprendida de su corazón como un goce, se tornó índice espiritual y profundo de su vida interior. No le preocuparon los problemas metafísicos y la voz lírica se humanizó dolorosamente. «La canción del marino ilusorio» sucedió al ritornelo de «La vida profunda». Nos relató el conflicto sentimental de su vida, el regreso a la niñez, el temblor púdico de su perdida inocencia y llegó a la simplicidad del infante que interroga a la madre con terrible curiosidad:

«Madre, que flor es ésta?
—La flor de las maravillas».

Y, cómo pudo retornar a la infancia? Si la poesía no es otra cosa que el recuerdo inmortalizado por la eficacia expresiva del pasado, el mejor panorama que podía ofrecerle la vida era el de su niñez remota. Vivir para recordar es una experiencia poética. Barba Jacob analizó sus recuerdos y encontró todavía llenos de candor sus días de niño. Se hallaba rico y desconocía sus propias riquezas; se hallaba sabio e ignoraba su sabiduría. Desde entonces buscó los elementos de la poesía en la subconciencia, como lo preconizaba Einstein. De pequeñas emociones se ha formado el alma y por eso el poeta al regresar hacia ella tuvo para cada recodo del camino, para cada árbol y para cada lucero una palabra emocionada y trémula.

***

Toda su poesía es vaga y suspirante, teñida de un color indefinible de lejanías. Dijérase que la comarca de sus cantos ha sido circundada por una niebla tan tenue que hace recordar la sutileza de los encajes auténticos. «Era como el crepúsculo», dice recordando a una dulce mujer de la infancia. Era. Es preciso anotar el pretérito que sirve para fijar en él a una mujer; y nada nos hace más inolvidable ese rostro de óvalo de porcelana que un recuerdo impreciso. Condición lírica de sus angustias es tornar al pasado y determinar a la doncella cándida vestida con traje azul, el lumínico azul de las distancias. Oh dulce infantina de la primera edad! No está lejos de su corazón, porque la condición de los sueños y de la niebla es dar la impresión de que no existen cuando más internados estamos en ellos. Aquí la angustia lírica alcanza su mayor potencia y el gemido del hombre que gustó un poco de la manzana que se abre, dorada por el sol, en las siete aldeas del horror se resuelve en una confesión lacerante, profunda como las noches del polo que se resisten al rútilo llamamiento del amanecer:

«Yo no sabía que la paz profunda
del afecto, los lirios del placer,
la magnolia de luz de la energía
lleva en su blando seno la mujer.
Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad quisiera ser;
pero la vida está acabando
y ya no es hora de aprender».

Nada podrá ser comparado a esta angustia interior. La angustia humana, dijo Maurice de Fleury, determinando las diferentes categorías de la tormenta íntima. Esta angustia lírica bordea los filos de la muerte y a ella no llegan sino los grandes poetas predestinados por el arcano para sentir en la carne del alma los estigmas quemantes que habrán de permanecer abiertos mientras se corona la

dura jornada del canto. Barba Jacob supo de esa desazón dolida que perfora los huesos y que no halla alivio sino en la noche cuando la espuma del sueño refresca las heridas y vierte en ellas el óleo inefable de la inconciencia. Más que a otros le cabe el título de poeta nocturno. Pero su noche no es la noche ardida en fuego místico de San Juan de la Cruz, ni la serena y argentina noche de Fray Luis.

La dulce noche de los místicos se esclarece en la contemplación de las praderas beatíficas y es deleite para el espíritu que goza en ella de un éxtasis arcano, anticipación del inefable deliquio de Dios. San Juan de la Cruz la siente descender a su arcilla dolorosa y es tan hondo el ímpetu de vuelo que, de pronto, el espíritu se deshace de la envoltura terrena y queda temblando en el espacio sin sentir el paso de las horas, así como la golondrina no sabe en qué instante el tiempo pesa la brisa errante en la leve balanza de sus alas. La noche de San Juan ha sido apurada en un cáliz bruñido con los oros tiernos del alba.

La de Fray Luis es sosegada y un poco melancólica. Bajo el palio de añil y diamante, en la hora de suave argento, el alma conoce la verdad y ansía su posesión. Por la escala de oro de la estrella baja hasta la carne oscura del hombre toda la luz del infinito. Entonces el silencio congela en el alma un deleite imprevisto, desconocido: el de la demora. Para admitir la vida cerramos dulcemente los párpados y cada una de las cosas amadas vuelve a nacer en el espíritu: el campo, el aire, el huerto y hasta ese vaso de agua limpia que humedeció nuestra garganta después de haber gustado la viva miel de las colmenas. Y el vuelo hacia Dios es así el vuelo místico que no conoce las secretas llagas de la ansiedad sino que se ha remontado al cielo con las alas impalpables de las cosas. Se encontró a Dios en la naturaleza, se le amó en el trino de las aves, en el perfume intacto de la rosa, en la semilla que se abre a flor de tierra y que nos anticipa la numerosa música de los pájaros en la copa del árbol futuro, en la dulzura de la noche estrellada y en la ternura imprevista que nos sacude el corazón en las horas de reposo, sin que sepamos por qué viene a los ojos esa humedad de relente.

Esta noche intensa, tremenda y desolada de Barba Jacob es la noche sin lumbre cristiana, la noche del amor y de la pasión, cruzada por el relámpago de unas pupilas, abrasadora, la noche en que se ve brillar como por una rendija el cielo tibio de verano. La piel porosa se dilata al contacto trémulo del beso, los labios se maduran, como las frutas de otoño con el solo roce de la imaginación. Se recuerda entonces una corriente de un mar que principia y regresa siempre y por contraste se oye caminar más silenciosa la propia sombra. Es la alternativa de la pasión. Ya en la mañana, cuando la ciudad se dora y la neblina va desciñendo los cuerpos fríos de las cúpulas, se oyen profundos cantares. Leve cantar de las aldeas del viento que, en la noche, al igual que las capitales del mundo, se ven fulgir remotamente iluminadas por las lámparas de las constelaciones. Cantar del trigo fúlgido que riza el céfiro; cantar del mar, cantar azul, cantar de broncas campanas de bronce; cantar nuevo del gorrión que ignora los nombres de los días y conoce el misterio del amor; cantar de la primavera que se avecina olorosa a viñedos y a pámpanos y en cuyo cielo seco y azul como las violetas cristalizadas refulge el brillo retrasado del postrer lucero de la madrugada.

Y de pronto la fuga de una mujer desconocida. Se llama Romelia. Tiene un nombre musical que responde a un acorde antiguo, oído en la provincia mexicana a donde fue a espigar ensueños. Por esa mujer la noche vibró encendida como la atmósfera de los días de agosto y consumó en su boca el último beso. Desde ese día todo el orbe quedó reducido a la celda de un verso y se comprendió como puede concretarse sobre la desnudez de una carta geográfica las vastas líneas de la tierra.

***

Se ha señalado como flaco de su arte la falta de una orientación ideológica, radicada en la ausencia de una cultura clásica y en las influencias de las literaturas orientales. De allí la vaguedad para expresar una idea, el desvío ante los problemas capitales del hombre, el fatalismo religioso y la resignación para aceptar lo que está escrito. Podríamos demostrar cómo ese sentido de fatalidad es propio de las filosofías orientales y no se encuentra en la teoría del occidente. Y entre otras cosas es porque el proceso de la cultura occidental al través de los siglos ha sido un proceso de asimilación y de aprendizaje. La sabiduría arranca para nosotros de las verdades que discurren en las letras bíblicas, de cuyas enseñanzas morales, deformándolas, los reformadores orientales llegaron hasta los presocráticos de la China. Se ha formado un lento proceso de aprendizaje y enseñanza, la cultura que medita un día al soplo del Nilo, otro bajo los frisos del Partenón, más tarde en el Foro, hasta llegar a la orientación máxima del pensamiento cristiano que florece en arte en el Renacimiento, en sentido religioso en siglos posteriores y en cifra de excelsa justicia y de verdad en la fábrica arrogante del occidente. No ha sido, pues, el de la cultura un proceso de intuiciones o de improvisaciones. Ha sido la trayectoria armónica de la escuela orientando al espíritu, en el mundo antiguo dentro de los errores del paganismo; de acuerdo con la verdad del cristianismo en el mundo moderno. El hombre al aprisionar las leyes de la naturaleza ha dado a su acción poder incontrastable, llevándola al campo científico sin conflictos filosóficos, ya que la moral científica no hace otra cosa que confirmar la moral cristiana. El vuelo de Lindbergh en la interpretación de Marañón es un ejemplo clásico. Y en la obra de Pasteur la vida erige su estirpe espiritual limpia del limo oscuro del materialismo desautorizado y vencido. En las ciencias sociales, el espíritu latino, con la economía a la vanguardia, preside el movimiento contemporáneo. Jacques Maritain interpreta el sentido de la historia moderna y opone las tesis espirituales frente a los sistemas materialistas de la sociología spengleriana.

El antagonismo establecido, pues, entre la cultura latina y la cultura oriental no puede ser conflicto pasajero sino permanente porque las fuerzas occidentales que al soplo del catolicismo adquirieron un extraordinario sentido espiritual estarán en pugna con el error filosófico definido en la teoría oriental. Por otra parte, la concepción de la literatura india—dice Silvain Levis—«es una reacción contra una naturaleza desmesurada que hace de la vida un accidente doloroso en el pulular de la vida universal dando al problema de la vida y del destino una solución tan particular que separa a la India del resto del mundo. Impotente, agrega, para traspasar el horizonte de su país natal no ha podido jamás elevarse a una visión universal del hombre y de la vida humana». Y esta ha sido la manifestación desviada en arte de Porfirio Barba Jacob, porque nosotros podemos olvidar lo que pasa en nuestros meridianos pero jamás nos resignaríamos al desconocimiento del pensamiento occidental. En los avatares de nuestra historia la cultura grecolatina ha ido señalando su influencia y nos ofrece un tipo clásico enseñándonos que la cultura es obra viva, orden político, unidad nacional y religiosa, jerarquía de pensamiento estable y duradero.

No podremos transitar nunca por los caminos del oriente. Integramos el espíritu latino y el credo de nuestra estirpe fue recogido bajo las constelaciones que el mar de Grecia y el mar de Roma le trajeron a Europa sobre una fuerza simbólica. Las múltiples energías de Barba Jacob se han perdido en esa ansiedad lírica y su obra no presenta la unidad armoniosa que existe, por ejemplo, en la de Guillermo Valencia. Pero esta unidad no se puede lograr sino por medio de las disciplinas clásicas.

De esa influencia oriental proviene su aparente hermetismo, pero no es oscuro ni por su lenguaje ni por su intención. Es, sí, profundo. Su poesía no se crea en la contemplación de la superficie de las cosas sino que brota de su intimidad honda. Se observa en su obra una

---

Un poderoso vermífugo

Una gran noticia para los niños. Hasta ahora los vermífugos tenían que ser forzosamente drogas del más horrible sabor. Parecía como si los gusanos tuvieran paladar humano y sólo fuese posible desalojarlos con remedios repugnantes; pero no hay tal. En el último número de «Science», revista médica americana, los químicos Julius Berger y Conrado Asenjo, de la Universidad de Wisconsin, publican un interesante artículo en el cúal demuestran que el jugo de piña fresco es un poderoso vermífugo, mejor que el quenopodio. Para probar su aserto traen multitud de ejemplos. Nuestros médicos deben ensayar el jugo. Deleitar curando, es nueva fórmula de terapéutica.

(CALIBAN. *El Tiempo*, Bogotá, 28-X-39).

sensación de reposo a pesar de la inquietud estremecida del pensamiento, sensación de columnas con base cierta y firme, actitud sumisa ante el destino trágicamente fatal. La faz religiosa dá a Barba Jacob una emoción de infinito; su amor lírico a las espaciosas latitudes, sugestión de horizontes lejanos y abiertos, presencia del aire, ámbito sin límite, claridad de luz, en una palabra, eternidad. Y es porque esa sobre realidad religiosa que se origina en la congoja de su conciencia brota del sentimiento de la naturaleza, pero no inmediato sino al través de un previo concepto lírico de las cosas. Es la fórmula para realizar esta poesía intensamente subjetiva.

El fondo lírico de su canto es el eterno drama de la carne que triunfa del espíritu, mientras la pasión sangra desgarrada por el remordimiento. Esta concepción artística, sin otra finalidad que la belleza como fuente de placer, es fundamentalmente falsa, pero fértil en sensaciones deleitosas y bellos egoísmos. El objeto del arte es la producción de la belleza y la belleza constituye para el hombre un enérgico reclamo de perfección espiritual. Debe tender a corregir las groseras propensiones de la bestia y a elevar el espírita a las regiones del más puro ideal, de lo cual se deduce que la estética es ética a su modo, no porque nos enseñe o adoctrine con sentencias y lecciones de carácter moral, sino por la natural eficacia de su propósito y por la pureza misma que debe regir las emociones interiores.

***

Su poesía ha carecido de matices. En él las palabras no son las formas obligadas del pensamiento, es decir, no responden precisamente a este u otro sentido porque su asociación es simplemente sentimental y no obedece a la inteligencia. El cristal de su voz se quiebra en un són bajo y tardío, más propicio para suscitar la antigua pesadumbre que para consolarnos de la vanidad perpetua de la vida. Paréceme que su instrumento musical fuera un órgano gastado que oculta en su caja unas cuerdas rotas que producen en medio de la armonía de las voces melodiosas un rumor grave y lento, sordo y tembloroso. Pero esto no quita nada a la pureza de su actitud lírica y de su acento musical. Aún en la hora en que el ángel de la muerte se posa sobre su angustia nos da la sensación de que el canto se desliza con los pies desnudos y que ese dolor «tan íntimo y tan fiero» no pesará, al fin, más que una flor sobre el corazón que se apacigua.

Aunque ha rehuído últimamente todo conato de música, sus poemas guardan una suprema armonía. En «Acuarimántima» fue graduando los tonos musicales y los compases al principio pausados se precipitaron al final como una sinfonía extraña y simbólica. Recurre entonces a las palabras disonantes, a ciertos adjetivos insonoros para provocar precisamente una música sugestiva y bárbara. Entonces esa cadencia hiere nuestros oídos y se acerca muy poco al espíritu. En cambio, cuando se ha desposeído de la rima y de los artificios retóricos, el rumor es tan hondo que capta una emoción cósmica y la melodía brota a flor de canto como esas notas que se adelantan al arco del artista y sollozan en la piel de los violines.

El problema de la música, lo he dicho muchas veces, es un problema psicológico y sólo puede analizarse por estos aspectos porque la musicalidad no puede ser cuestión de vocablos, sino ritmo interno; no depende de manifestaciones exteriores, sino de sugestiones melódicas que despiertan en nosotros dormidos sentimientos. «Si la música—dice un admirable esteta de nuestro tiempos —residiera en las sílabas de las palabras, pudiéramos gustarla en su plenitup al oír versos declamados en lenguas que no conocemos, pero es un hecho evidente que la armonía de un idioma extraño se nos escapa, o por lo menos, la distinguimos de manera muy rudimentaria. El deseo de creer que una música capaz de bastarse a sí sola residía en las palabras debía conducir lógicamente, a fin de comprobar el principio puro, a vaciarlas en su sentido, para no dejarles sino su armonía y el misterioso poder de su evocación musical». La música en el verso no podrá por eso desaparecer. Aún en los más atrevidos vuelos de las innovaciones se hallará un principio musical, porque ella en el organismo poético representa algo más que una simple manifestación de vida: es la vida misma.

En Barba Jacob la música tiene una trascendencia múltiple porque a ella asocia el poeta sus pensamientos, sus emociones y representa la primera virtud de su arte. Como Mallarmé suele dar al verso turgencias líricas y nos exaspera con los epítetos incandescentes, de punzante vehemencia. Con palabras casi vulgares acusa sus sentimientos y fija los contornos de su emoción. Entonces realiza el prodigio de hacer de la estrofa una arquitectura sobria y la palabra así apta, dócil a la gracia o a la inquietud serena de la belleza, queda en nuestros oídos temblorosa y pura. Construída la cárcel de su emoción el verso se transforma en emplia ventana lírica abierta a la conciencia de las cosas.

Ha corrido, sin embargo, el riesgo de perderse en los caminos de una pobreza idiomática en virtud de la falta de un mayor estudio del lenguaje. Podría hacerse aquí el elogio de la gramática como fundamento indispensable del arte. Dejo a Pedro Henríquez Ureña intervenir en este comentario: «Toda obra de arte —dice—implica una gramática y una retórica. La gramática tiene que aprenderse y puede enseñarse; la retórica no debe enseñarse. La gramática nos da las reglas sobre el uso del material con que hemos de realizar nuestra obra: el material nos las impone.» Sin el conocimiento a fondo del idioma no es posible realizar una obra de arte duradero como no es concebible llegar a las cimas de la expresión armónica sin el dominio de la escritura musical. La rebeldía contra la gramática no es sino asunto de mero procedimiento, pues quienes la miran con desdén, al escribir, obedecen a las normas permanentes de la sintaxis. Es obvio que su conocimiento solo no basta para la creación de belleza pero su estudio nos ofrece la manera de extraer del lenguaje todo el tesoro rítmico y plástico dormido en la entraña del idioma.

Barba Jacob ha conocido en toda su intensidad el frío horror del misterio. Un sudor de hielo empapa su carne en la hora de la meditación cuando penetra en lo desconocido sin la tea fulgente de la esperanza. Alucinado, sombrío, recorre los caminos que el hijo de Florencia conoció a pie, en la dulce compañía del mantuano, y mientras el alba inunda de luz nueva el orto del día, desata sus enigmáticas canciones y flota en su derredor un cálido ambiente de sombra en cuyo fondo la acción humana se reduce a lo indispensable para dar relieve a las tragedias del espíritu. El sensualismo es secundario en el juego de las pasiones abstractas y entre los versos rítmicos de «Acuarimántima» se percibe el temblor carnal sin sacudidas espamódicas. El origen del canto reconoce a Ruyzbroeck y por eso ese sabor de ceniza que impregna las canciones de Barba Jacob.

Sordo, ronco, tardo rumor el de algunas desoladas elegías del poeta. Rumor de días distantes que apagó, de pronto un crepúsculo sin nacimiento; rumor de agua que se pule en las guijas del cauce y sobre todo, rumor del viento que suena cuando sacude las hojas de los árboles y que da a su poesía un vasto significado misterioso:

«El són del viento en la arcada
tiene la clave de mí mismo;
soy una fuerza exacerbada
y soy un clamor de abismo.»

Barba Jacob ha desconocido, la virtud penetrante de los símbolos. Su poesía, de una simplicidad absoluta, ajena al sutil mecanismo de la imagen nueva, permanece absorta en la propia contemplación como la niña de los cuentos infantiles. A veces, en un fulgor intermitente asoma una imagen que fallece bajo el es-

plendor del verso y que semeja la llama de las luciérnagas que vierten sus oros humildes sobre la hierba y apagan sus farolillos cuando la aurora equivocada discurre en el celaje marino.

Como característica de esa poesía romántica que floreció durante el período de formación del poeta se ofrece la imagen bárbara, sin depuración intelectual, sin relación con la delicada esencia de las cosas. Allí están, por ejemplo, las célebres metáforas de su tiempo, como son el desposorio entre el mar y la luna, episodio multiplicado en la historia lírica de América. Barba Jacob reacciona contra ese sistema impúdico de la poesía y vela su emoción con leves canciones de sugestiva y remota significación simbólica. Su alarido podrá ser a veces desconcertante, mas es humano y sincero. Nada de emblemas mitológicos, de comparaciones infortunadas, de bodas fúnebres en un tálamo oloroso a ciprés, de pesares fingidos y desesperaciones suicidas. Es que el poeta verdadero, los otros no lo fueron, ha comprendido que el auténtico dolor no se adquiere porque una mujer haya faltado a una cita. Naturalmente que no vengo a revaluar una anterior afirmación porque entiendo «que la poesía es el arte de pensar en imágenes». Pero este profesor de ritmos y de congojas no hace consistir su fuerza lírica en el símbolo y es tal vez el mayor poeta subjetivo de nuestra América.

Con la dulce fatiga del verso, anotó, ha permanecido curvado su corazón, y esa es la misma voz de todos los que sufren esta dolorosa tragedia de amasar con levadura íntima la canción. Traginar, correr por el mundo, vigorizar en un pinar de Honduras su aliento; amar la rebeldía de la tierra mexicana; escuchar en un pueblo lejano el mismo jilguero matinal que aprendimos a oír sin reparar en su voz cerca a la ventana solariega y cuyos trinos tienen después una consonancia con los desgarramientos místicos; hilar nuestros sueños en el uso argentino de la lluvia y no ser, oh infinita desolación, más que una llamita al viento». ¿Dónde estará entonces la amiga de la niñez, la triste novia que amo en Santa Rosa de Osos, la suave comarca antioqueña en donde huelen las brisas a azahar y a piñuela en sazón? Quién sabe! Sólo se oye ahora una flauta viva y su voz en tan dulce como la miel apresurada de las manzanas que fueron picoteadas por el ruiseñor. ¿Para qué recordar a esa mujer remota? Es mejor dialogar, bajo la luz ardiente del ángelus, con un mancebo de Grecia que elogió en la frase socrática el discípulo del maestro inolvidable. Ya un sosegado anhelo nos trae el primer mensaje del país de los zafiros errabundos y el poeta dispone su cañuto de oro para levantar su canción. Pero vuelve a la memoria el recuerdo de ella. Era leve y armoniosa como un cántico nupcial; sus pupilas inocentes tenían ese resplandor misterioso que inunda las velas de los nautas cuando se rompe en las olas la estrella lejana; su talle conocía el ondulado vaivén de las palmeras; sus manos olían a duraznos porque de niña, en la compañía tutelar de su padre, iba todos los días al bosque a cortar racimos en los árboles; en su voz se recogía una cadencia no oída en voz humana y el secreto de esa música se lo aprendió a su madre que abandonaba la faena doméstica para atender a las aves cuando estudian su gramática musical, hasta llegar a ser las arpistas de la aurora y de la tarde, y era sencilla y cándida como los lirios: unas veces se antojaba en perseguir la niebla y otras en contar las nubes áureas al toque de la oración.

Y cuán lejana está ella! Pero la vida se va acabando, dice sollozante. No saber de las caricias amadas, del leve temblor de unos pasos infantiles que rompen el silencio de la alcoba, donde una lámpara escolta nuestras vigilias fértiles, y conocer sólo en reminiscencia el halo misterioso y fulgente de la paternidad. Por eso ahora al ver un niño se turba el corazón y el canto difunde en la soledad de las noches un lamento desolado:

«Oh plenitud! Y desde entonces
a ningún padre odio jamás:
toda miseria la redime
una corona paternal.
Quien tiene un niño, ha ejercitado
divinamente el dón de crear;
quien tiene un niño sublima el mundo
y lo nutre de eternidad».

***

Ha sido un romántico final. Está marcado por el signo de nuestra época: la impaciencia. Apresurado y extremoso, no puede sujetar el espíritu en ningún establecimiento, ni conformar el alma con ningún anhelo. Deshauciado de la tiniebla interior «ha realizado el prodigio en plena luz» y desviado del camino amoroso proyecta su ambición sobre las cosas y la naturaleza. Es el acto más frecuente de su intelecto y con él suele encontrar un reposo más largo, más satisfecho de sí mismo. Se ve que en todo el curso de su obra prevalece el afán de forjar una firme conciencia mística que lo incluya en el seno del arcano y esa ambición ayudada por las influencias atosigadas del error oriental, por la aberración budhista, por el panteísmo trascendental, por el infantilismo de Tagore, forman el pozo turbador. Por eso se cumple en su vida y en su obra el drama de los grandes espíritus en donde el sentido de lo universal ha sido ahogado. Sería difícil, por estas mismas razones, acreditar las influencias literarias en su obra. No quedan vestigios de ellas en su última etapa y el poeta se hizo fuerte y personal hasta darle a su verso un hondo brillo pasional, un matiz lírico inconfundible, un señalado grito de angustia o de júbilo. He allí por qué se repite continuamente y por qué muchas de sus poesías nos proporcionan un paisaje ya conocido.

Llámase a sí mismo el Ashaverus de la poesía colombiana y lo es por su vida y por su obra. No ha tenido otro afán que el de vagar, el de errar por los caminos del mundo, mientras cae la hora de levar anclas y dar la vela a los vientos de la eternidad. Los últimos estudios realizados en torno de la poesía popular de España han encontrado una relación sicológica entre la vida andariega de los pobladores árabes y la copla que nos da la sensación de una flecha viajera de los espacios líricos. Como han sido revaluadas todas las hipótesis de Hipólito Taine sobre la influencia del medio en la obra cultural, convendría anotar que en el poeta no es el factor social histórico el que determina su visión ante el mundo sino los aspectos de su sensibilidad inmodificables bajo los distintos meridianos del universo. Este profundo anhelo de vagar, de conocer horizontes, de vencer lejanías le ha dado a la poesía de Barba Jacob una nostalgia de los cielos amados y una ternura de niñez ausente. Su inquietud ante lo misterioso, su explicación del sufrimiento, su dolor ante la estrella de la tarde que vierte un influjo sideral sobre su carne dolida, no son otra cosa que el fruto de su cansancio y la experiencia de sus sandalias que supieron del afán de los regresos. «El hombre que parecía un caballo» lo llamó Arévalo Martínez. En realidad es el ágil corcel que se lanza por la llanura de sepia en busca del pozo de agua fresca y que sólo encuentra la desnudez del arenal que visten las palmeras taciturnas. Con razón ha exclamado «que nunca sabremos nada» y que en todo no hay más que un poco de vanidad y polvo. Polvo en el aquilón; polvo en la urna que recoge la ceniza de los grandes; polvo en la rosa abierta en la mañana y dormida en la tarde; polvo en las violetas de la madrugada y polvo en los dátiles del crepúsculo. Polvo en el beso y en la dulzura de la caricia; polvo en la pesadumbre y en la alegría; polvo en la canción y en el sollozo:

«La Muerte viene, todo será polvo:
polvo de Hidalgo, polvo de Bolívar,
polvo en la urna, y, rota ya la urna,
polvo en la ceguedad del aquilón».

***

La tarde se desvanece y cerca al monte pasan unas doncellas que han aprendido hace muy poco a tañir las cítaras. La lechuza de la sombra abre sus alas en la torre del ángelus y el leve plumaje de la palmera limpia el cielo fluído y adelgaza la lejanía. La ciudad, a lo lejos se va cubriendo de cúpulas. En ese casto minuto se oye cómo la larva de los capullos cede a una fuerza interior y sale a ras de tallo la mariposa encendida de los geranios. Nos sorprende un pavor ignoto al hablar porque las palabras que se han licuado en una lágrima pueden al caer romperse y dejar escapar su secreto perfume. El milagro se va a realizar. El sacerdote de los ritmos pronunciará la fórmula sacramental y entonces los vocablos mudarán su especie primitiva y se transformarán en la sangre del espíritu y en la carne melodiosa del canto. Ese es el gran poder del poeta que ha recibido el carácter indeleble de un sacramento. Barba Jacob ha olvidado en muchas ocasiones su alto ministerio y por eso ha preguntado a la noche si en verdad existe más allá de sus velos un sér divino y eterno. Y ese sér invisible es el que puso en el carrizo de su garganta ese sollozo de esquilas rotas que produce el viento cuando numera los juncos del río.

ANTONIO LLANOS

Cali-Colombia.

7 poemas de Barba Jacob

(Sacados de la obra: *Rosas negras*. Guatemala, C. A., 1933)

Parábola del retorno

Señora, buenos días; señor, muy buenos días . . .
Decidme ¿es esta granja la que fué de Ricard?
¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías?
¿No tuvo un naranjo, y un cáunce, y un palmar?

El viejo huertecito de floridas grutas
donde íbamos . . . donde iban los niños a jugar,
¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?
Señora, ¿y quién recoge los gajos del pomar?

Decidme ¿ha mucho tiempo que se arruinó el molino
y que perdió sus muros, su acequia, su pajar?
Las hierbas, ya crecidas, ocultan el camino.
¿De quién son esas fábricas? ¿Quién hizo puente real?

El agua de la acequia, alma de linfa pura,
no pasa en la alegría de amar y de cantar:
la acequia se ha borrado bajo la fronda obscura,
y el chorro, blanco y fúlgido, ni riela ni murmura . . .
¿Señor, ¿no os hace falta su música cordial?

Dejadme entrar, señores . . . ¡por Dios! Si os importuno,
este precioso niño me puede acompañar.
¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno
que enmarca, entre caireles, su frente angelical?

Recuerdo . . . Hace treinta años estuvo aquí mi cama;
en esa alcoba vieja, la cuna y el altar . . .
Decidme ¿y por los techos aún fluye y se derrama,
de noche, la armonía del agua en el pajar?

Recuerdo . . . Eramos cinco . . . Después, una mañana,
un médico muy serio vino de la ciudad:
hizo cerrar la alcoba de Tonia . . . En la ventana
nosotros indagábamos con insistencia vana,
y nos hicieron alejar.

Tornamos a la tarde, cargados de racimos,
de piñuelas, de uvas, de gajos de arrayán.
La granja estaba llena de arrullos y de mimos:
¡y éramos seis! ¡Había nacido Jaime ya!

Señora, buenos días; señor, muy buenos días.
Y adiós . . . Sí, es esta granja la que fué de Ricard,
y este es el viejo huerto de avenidas umbrías,
que tuvo un cáunce, un roble, zuribios y pomar,
y un pobre jardincillo de tréboles y acacias . . .

¡Señor, muy buenos días! ¡Señora, muchas gracias!

Acto de agradecimiento

Sólo hay un bien preciso; poseer cabalmente,
por sobre todo engaño, nuestra sabiduría;
y, como el agua clara rebósase en la alberca,
dejar que el alma llenen el valle, el monte, el día.

Yo he cruzado la senda que decora la grama
y sombrean los árboles ancianos y robustos,
en donde el viento libre sus músicas derrama,
de severos compases magníficos y augustos.

Y he visto ya las hierbas olorosas,
de florecer sencillo, que visten las campañas;
y espartos de los brutos, convólvulos, llantenes,
jaramagas de abril, y áloes, y espadañas . . .

Y he visto ya las mieses abundantes,
orgullo del labriego, bajo la luz de octubre;
y en el ópalo de mil estrellas rutilantes,
y el azul insondado del cielo que nos cubre.

Y la sangre que brota de alguna herida abierta
bárbaramente . . . ¡oh dolor! ¡oh pavor!
Y azoradas mujeres que entornando la puerta
rendíanse a la dulce zozobra del amor.

Y he visto ya los niños fraternales
jugar del campo en el sopor profundo,
en armoniosas luchas irreales;
y, del tiempo en los giros limitados,
crecer . . . amar . . . y renovar el mundo.

Y he visto el mar, que todo lo compendia;
y más allá del mar la génesis del día:
¡de modo que poseo justamente
la riqueza inefable de mi sabiduría!

Si un rayo de los cielos viene a cegar mis ojos
dejándolos en sombra de repente,
¿qué ha de impetrar mi alma inajenada?
Fuera de esta visión que llevo ya conmigo,
¡oh amor! ¡no busco nada!
¡oh ardor! ¡no quiero nada!

Canción de la vida profunda

El hombre es cosa vana, variable y ondeante, y es difícil formar sobre él un juicio definitivo y uniforme.

Montaigne

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la dicha nos sonría . . .
La vida es clara, undívaga y abierta como el mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo que tiembla de pasión:
bajo el influjo próvido de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos
como la entraña obscura de obscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos,
—niñez en el crepúsculo, laguna de zafir—
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas nos hacen sonreír . . .

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar . . .

Mas hay también, oh, Tierra!, un día . . . un día . . . un día
en que levamos anclas para jamás volver . . .
Un día en que discurren vientos inexorables.
Un día en que ya nadie nos puede detener!

Nueva canción de la vida profunda

Te me vas, paloma rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida: te me vas.
¡Tiembla en tus embriagueces el dolor de la vida!

—¿Y nada más?
—Y un poco más . . .

La mujer y la gloria con puños ternezuelos
llamaron quedamente a mi alma infantil.
¡Oh, mis primeros ímpetus! ¡Oh, mis nocturnos vuelos!
Tuve una novia . . . Me parece que fué en abril.

Yo miraba el crepúsculo
y creía que eso era el crepúsculo.
¡Sí, tácita en la noche, la estrella está detrás!
El Numen de Colombia me dió una rosa bella.
más yo pedí el crepúsculo y codicié la estrella . . .

—¿Y nada más?
—Y un poco más . . .

Y escuché que cantaban su canción de ambrosía
Pisinoe en la onda y en la onda Aglaopea.
El mundo, como un cóncavo diamante, parecía
henchido hasta los bordes por la amorosa idea.

Fué entonces cuando advino Juan Rafael, el dulce
amigo de mi alma, que no volvió jamás!
Yo amaba solamente su amistad dulce . . .

—¿Y nada más?
—Y un poco más . . .

Y luego . . . ser el árbitro de mi torpe destino,
actor en mis tragedias, verdugo de mi honor . . .
Mi lira tiene un trémolo de caracol marino,
y entre el dolor humano yo expreso otro dolor!

No te vas, paloma rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida, no te vas:
¡quiero apurar el íntimo deleite de la vida!

—¿Y nada más?
—Y un poco más . . .

El corazón rebosante

El alma traigo ebria de aroma de rosales
y del temblor extraño que dejan los caminos...
A la luz de la luna las vacas maternales
dirigen tras mi sombra sus ojos opalinos.

Pasan con sencillez hacia la cumbre,
rumiando simplemente las hierbas del vallado:
o bien bajo los árboles con clara mansedumbre
se aduermen al arrullo del aire sosegado.

Y en la quietud augusta de la noche mirífica,
como sutil caricia de trémulos pinceles,
del cielo florecido la claridad magnífica
fluye sobre la albura de sus lustrosas pieles.

Y yo discurro en paz, y solamente pienso
en la virtud sencilla que mi razón impetra;
hasta que, en elación el ánimo suspenso,
gozo la sencillez que viene y me penetra.

Sencillez de las bestias sin culpa y sin resabio;
sencillez de las aguas que apuran su corriente;
sencillez de los árboles ... ¡Todo sencillo y sabio,
Señor, y todo justo, y sobrio, y reverente!

Cruzando las campiñas, tiemblo bajo la gracia
de esta bondad augusta que me llena . . .
¡Oh dulzura de mieles! ¡Oh grito de eficacia!
¡Oh manos que vertisteis en mi espíritu
la sagrada emoción de la noche serena!

Como el varón que sabe la voz de las mujeres
en celo, temblorosas cuando al amor incitan,
yo sé la plenitud en que todos los seres
viven de su virtud, y nada solicitan.

Para seguir viviendo la vida que me resta
haced mi voluntad templada, y fuerte y noble,
oh virginales cedros de lírica floresta,
oh próvida campiña y oh generoso roble.

Y haced mi corazón fuerte como vosotros
del monte en la frecuencia,
oh dulces animales, que no sabiendo nada,
bajo la carne humilde sabéis la antigua ciencia
de estar oyendo siempre la soledad sagrada.

Canción de un azul imposible

Hacia el jardín de ayer de la ilusión,
entre las brumas de la edad,
echo a volar mi corazón.
Consumido por la pasión
quiero volver a la infantilidad.

Escueto, duro, triste corazón,
ebrio del acre vino de la edad,
envuelto en negras llamas de pasión:
has de volver a la infantilidad,
roto, cansado, viejo corazón.

¡Oh, sí! Volver a la infantilidad,
hacia el jardín azul de la ilusión ...
¿Y cómo ir entre las brumas de la edad,
perdida ya la sencillez del corazón?

Nueva canción de un azul imposible

¡Oh sombra vaga, oh sombra de mi primera novia!
Era como el convólvulo—la flor de los crepúsculos
y era como las *teresitas*: azul crepuscular.
Nuestro amor semejaba paloma de la aldea,
grato a todos los ojos y a todos familiar.

En aquel pueblo olían las brisas a azahar.

Aun bañan, como a lampos, mi recuerdo
su cabellera rubia en el balcón,
su linda hermana Julia,
mi melodía incierta . . . y un lirio que me dió . . .
y una noche de lágrimas . . . y una noche de estrellas
fulgiendo en esas lágrimas en que moría yo!

Francisco, hermano de ellas, Juan de Dios y Ricardo
amaban con mi amor las músicas del río,
las noches blancas, blancas, ceñidas de luceros,
las noches negras, negras, ardidas de cocuyos,
el son de las guitarras,
y entre quimeras blondas el azahar volando . . .
Todos teníamos novia
y un fulgor en el alba diáfana de las ideas.

La Muerte horrible—¡un tajo silencioso!—
cortó la espiga en que granaba mi alegría.
Murió mi madre. La cabellera rubia de Teresa
me iluminaba el llanto.
Después . . . la vida, el tiempo, el mundo,
y al fin mi amor desfalleció como un convólvulo!

*

No ha mucho, una mañana, trajéronme una carta.
Era de Juan de Dios. Un poco acerba,
ingenua, virilmente resignada:
«Me casé, ya estoy viejo y con seis hijos.
La vida es triste y dura; sin embargo,
se va viviendo . . . Ha muerto mucha gente:
Don David, don Gregorio . . . Hay un colegio
y hay toda una generación nueva . . .
Como cuando te fuiste hace veinte años,
en este pueblo aun huelen las brisas a azahar . . .»

*

¡Oh Amor! Tu emblema sea el convólvulo,
la flor de los crepúsculos!

PORFIRIO BARBA-JACOB

Lector amigo: Hágase de un ejemplar de *Rosas Negras*. Con el Adr. del *Rep. Amer.* Precio: ₡ 3.00 ($ 1 U.S.A.)

La cruda verdad

(De *España Peregrina*. México, D. F. febrero de 1940)

Seguramente ustedes* conocen mi interés por las cosas de España. Les escribo para llamar su atención sobre un hecho importante de la actualidad española que no ha sido recogido por la prensa, sobrecargada sin duda, por el sensacionalismo del momento. Se trata de la prohibición por el Gobierno de Franco de la publicación de una Pastoral de Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas, don Isidro Gomá y Tomás.

En vista del gran interés suscitado, especialmente entre los católicos norteamericanos, por los aspectos religiosos de la guerra española, no puedo menos de suponer que la prohibición recaída sobre la declaración más importante hecha por la Iglesia española después de la victoria de Franco—que se ha supuesto siempre sería una gran victoria para la religión católica—merecía cuando menos una referencia. Me doy perfecta cuenta de las dificultades de los corresponsales en Madrid, pero no puedo comprender cómo se ha ignorado un acontecimiento como éste que la revista *Tablet*, de Londres, considerada por los católicos como su principal revista de lengua inglesa, ha podido publicar con profusión de detalles.

Lo sucedido, según la versión londinense, es lo siguiente: El *Boletín eclesiástico de la Archidiócesis* de Toledo, sede del Primado, publicó en su número del 8 de agosto de 1939 una carta Pastoral del Primado con el título *Lecciones de la guerra y obligaciones de la paz*. Era una exposición precisa de la posición de la Iglesia.

En uno de sus párrafos decía la Pastoral: «*¿Por qué no hemos de decir que en la España nacionalista no se ha operado la reacción moral y religiosa que esperábamos dada la naturaleza del movimiento y la prueba tan dura a que hemos sido sometidos por la Justicia de Dios?*

»*Es doloroso comprobar que el cumplimiento de los mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia no ha sido el que esperábamos después de recibir una lección tan tremenda. Hay parroquias en las que apenas un cinco por ciento de los hombres y un veinte por ciento de las mujeres asisten a misa; y no es mayor el porcentaje de los que se confiesan o reciben la Comunión Pascual*».

Como es costumbre, se enviaron a la prensa algunas copias de la Pastoral. Fueron devueltas por la Censura a las órdenes del cuñado de Franco, Ramón Serrano Suñer, y se prohibió a la prensa que publicase nada de aquélla. También se prohibió que fuese leída en las iglesias. Cuando el *Boletín eclesiástico* de Toledo del 15 de octubre protestó

(*) Jay Allen se dirige en esta carta a los editores de *The New Word*, Nueva York.

contra la prohibición recaída, las autoridades gubernativas confiscaron la edición. La protesta, según el texto publicado por el *Tablet* de Londres, dice así:

«*Ha ocurrido un nuevo incidente con la prohibición* «rigurosa y completa» *de la Pastoral de un Prelado de la Iglesia ordenada por el Gobierno. Se trata de la Pastoral* Las lecciones de la guerra y las obligaciones de la paz *de su Eminencia el Cardenal Primado. Nos resistimos a creerlo hasta que vimos el texto de un telegrama enviado por el Jefe de servicio de Prensa en el que se prohibía la publicación del documento y hasta que examinamos las galeradas de la Pastoral ya listas para su publicación en un periódico de Madrid y marcadas con lápiz azul.*

»*Lo que podemos decir es que la opinión del Censor difiere de la de varios Obispos que son autoridad en doctrina cristiana, y que nos han pedido cientos de ejemplares para distribuirlos entre los fieles* porque, *como dijo uno de ellos,* se deberían imprimir los ejemplares necesarios para que llegasen a las manos de todos y cada uno de los españoles. *Uno de los Boletines eclesiásticos lo califica de* documento-guía de primer orden.

»*Por respeto a las autoridades nos abstendremos de hacer comentarios que, necesariamente, no habrían de ser edificantes. Sin embargo, podemos recordar con relación a este punto la trayectoria eminentemente patriótica de nuestro Cardenal, los numerosos servicios que ha prestado al Estado en estos últimos años, su lealtad, su abnegación y sus esfuerzos incansables. Este incidente lamentable no disminuirá, de ningún modo, sus actividades y amor a España. En cuanto a la Iglesia de España, Su Eminencia nos autoriza a recordar cómo en una entrevista con el gran Papa Pío XI, Su Santidad le dió las gracias por su información* cosi chiara, cosi plena, cosi giusta, *y añadió al comparar nuestra situación con la de otro país:* «La Iglesia de España ha encontrado su hombre en estas circunstancias difíciles».

»*Ignoramos los motivos o las circunstancias del decreto del Gobierno puesto que no hemos recibido información alguna. Personalmente Su Eminencia prefiere pasar por alto el asunto y perdonarlo todo. Lo que podemos afirmar, ya que se trata de un derecho sacrosanto de la Sede de Toledo, es que los derechos y la autoridad de un Prelado de esta Iglesia permanecen indefensos y, por así decirlo, quedan desacreditados ante los ojos de toda la diócesis. Por esto recordamos los siguientes puntos doctrinales, dejando a Su Eminencia la tarea de tratar el asunto canónicamente: Bajo la autoridad del Pontífice Romano, los Obispos son verdaderos doctores y maestros* (Canon 1326). *Es obligación del Obispo de la localidad publicar en su diócesis todo aquello que interese a la instrucción del pueblo en la doctrina cristiana* (Canon 1326). *Por estas razones, y ante el ruego expreso del autor venerable de la Pastoral publicada el 8 de agosto en el* Boletín eclesiástico, *declaramos que Su Eminencia confirma todos y cada uno de los puntos de esa Carta y desea que los fieles la aprovechen espiritualmente de acuerdo con las intenciones y deseos de su autor*».

El primero de noviembre el *Boletín oficial de la Diócesis de Pamplona* volvió a publicar la Pastoral íntegramente y el Gobierno confiscó toda la edición. Así ha quedado el asunto hasta la fecha

Otra noticia de importancia referente a España y que ha dejado de publicar la prensa, es el balance hecho en Madrid sobre el monto de las deudas de guerra de Franco con Italia y Alemania. Según este informe, preparado por el financiero catalán Francisco Cambó para un grupo internacional presidido por el estadista belga Paul Van Zeeland, el Gobierno de Franco debe a Alemania 1,600.000,000 RM, lo que al tipo de cambio 2.80 de antes de la guerra, hace 4,480 millones de pesetas, y la deuda con Italia sobrepasa los 7,000 millones de liras. Recordarán ustedes que durante la guerra, los apologistas de Franco nos aseguraban constantemente que el Caudillo no había incurrido ni incurriría en obligaciones con Hitler o Mussolini. Ellery Sedgwick escribió (*New York Times,* febrero, 13, 1938): « . . . *las finanzas españolas se hallan en un estado extraordinariamente sano. Ni un centavo—oíd, americanos, esta cosa extraordinaria se ha añadido a la deuda nacional. No se ha contraído ninguna deuda flotante. Las finanzas tienen a veces victorias tan sonadas como las de la guerra misma*».

Gault Mac Gowan, del *New York Sun,* ahora corresponsal del *Sun* en Inglaterra, escribía en «España» (15 de marzo de 1938), órgano oficial de la propaganda franquista en los Estados Unidos: «La verdad en este asunto es que la gente de la España nacionalista está financiándose la guerra con su propia labor y su voluntad de ganar». Repetía con autorización, las palabras de Franco: «No hemos aceptado empréstitos de otros países a pesar de que hemos tenido ofertas de ambos lados del Atlántico. Las hemos rechazado invariablemente. La España nacionalista va pagando esta guerra con el dinero ahorrado por el sacrificio de de los verdaderos españoles y lo hace sin necesidad de recurrir a gravámenes que serían demasiado onerosos para el pueblo».

Todavía el 21 de octubre de 1939 el Reverendo Doctor José F. Thorning, escribía para el noticiero de *N. C. W. C.* que «... el Generalísimo Franco y su gabinete se niegan a aceptar ningún crédito o empréstito que puedan acarrear vínculos políticos. Este concepto se aplica lo mismo a Italia y a Alemania que a Francia y la Gran Bretaña».

Robert Davis, del Departamento de Historia de la Universidad de Middlebury, escribía en el *The New York Herald Tribune* del 10 de marzo de 1939 que «la manipulación que hace Franco de las finanzas y de la moneda nacionales exentas de cobertura metálica, de los impuestos sobre el capital y de las contribuciones extraordinarias, adquiere proporciones mágicas».

Ahora parece que no se trataba de magia sino de préstamos italianos y alemanes, como sospechábamos todos los que conocíamos la capacidad ex portadora de la España nacionalista. No es necesario señalar que la Comisión presidida por Cambó es una representación oficial del Gobierno de Franco.

Muy cordialmente.

JAY ALLEN

***

La embriaguez de la sangre se disipa . . . Adiós Cruzada, adiós delirios imperiales, adiós verbalismo mentiroso. Queda el crimen descarnado, la bancarrota material y moral. Queda la muerte en el alma y su nauseabunda fetidez en la boca donde la Palabra se corrompe. La cruda . . . La cruda verdad.

Se inician las dolorosas confesiones.

¿Más cómo el Cardenal Gomá, propugnador de la guerra santa en nombre de la falseada voluntad del pueblo, puede llamarse a engaño? Porque uno de los testimonios reveladores de la naturaleza exacta de la Cruzada se lo debemos a él mismo. Sin más licencia por nuestra parte que subrayar una frase que especialmente lo merece, lo transcribimos del informe que el propio Cardenal Gomá entregó al Eminentísimo señor Secretario de Estado en el Vaticano, Cardenal Pacelli, hoy Papa, el 20 de abril de 1936, donde bajo el epígrafe *La situación religiosa* se lee:

«Los acontecimientos de estos últimos años han puesto de manifiesto lo artificioso de una situación sobre la cual no cabe engañarse. Mientras la Iglesia gozó de cierta protección oficial, eran bien contados los españoles que no hubieran considerado como un agravio el poner en duda su catolicismo. Lo cierto es, sin embargo, que nuestros templos, en muchas regiones, iban quedando desiertos y que la religión dejaba de ser guía y norma de vida para los más. Queda así explicado que, al proclamarse la República, fueron muchos, particularmente entre los obreros, los que, rompiendo los últimos vínculos que los unían con la Iglesia, buscaran fácil acomodo en el campo contrario.

»No es, pues, de extrañar, que las leyes, persecutorias de la Iglesia en el período de 1931-1933 no suscitasen la reacción que era de esperar. Quizá en los más sinceramente cristianos hubo cierta renovación del fervor religioso; pero el alma española no vibró ya con el entusiasmo de otros tiempos, no lejanos aún. Sólo cuando se vió amenazado el orden social y peligraron los intereses temporales se produjo un fuerte movimiento que, aunque llevó por bandera la defensa de la Iglesia, más era, en el fondo, un movimiento patriótico social, en el que participaron muchos cuyas simpatías hacia la Iglesia no descendían del terreno del sentimiento hasta la práctica sincera de la vida religiosa. Y así se ha dado el caso de que elijan diputados católicos regiones de vida católica muy poca intensa».

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica,
Suscrición mensual: ¢ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro Bancario sobre Nueva York

Anécdotas

(Sacadas de la *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, diciembre 1930-enero 1940)

Recién llegadas las hordas de Cipriano Castro a la capital, un sujeto malicioso, en plena Plaza Bolívar, le presenta uno de los oficiales a don Eduardo Calcaño, gloria de la tribuna y flor y orgullo de académicos.

El sujeto de marras inquiere:

—Don Eduardo: ¿cuál cree usted que ha sido el hombre más grande de Venezuela?

—Después de Bolívar, Guzmán Blanco.

—Y de Castro, ¿qué opina?

Dirige el orador una mirada melancólica al bárbaro del chafarote, y poniendo la mano en el hombro del interrogante, exclama con aquella su voz melodiosa:

—Hablo de los muertos...

* * *

La primera vez que doña María Guerrero vino con su compañía a Caracas, armó gran revuelo.

En el patio del Municipal quedóle a Laureano Vallenilla Lanz de vecino un sastre, de origen francés, con ínfulas de intelectual, y al fin de cada acto le hostigaba con sus majaderías:

—¡Qué drama tan hermoso! ¡Qué *sprit!* ¡No hay como los franceses!

En una vespertina subió a escena «El Vergonzoso en Palacio», que detuvo el Carnaval en Caracas.

Volvió el hombrecito sobre las andadas:

—¡Qué drama tan hermoso! ¡Qué *sprit!* No hay como los franceses!

Laureano, en el colmo del fastidio, le arguyó:

—¡Ese drama no es francés, sino muy español. Lo escribió Tirso de Molina, seudónimo de Gabriel de Téllez, fraile mercedario.

—Pero usted no me negará que el «corte»...

—No discutamos. En materia de «corte» usted es una autoridad inapelable—repuso—y le volvió la espalda.

* * *

La parvedad de su figura, mal se avenía con la indomitez de su carácter y con el brillo que aureolaba su cerebro. Descolló como periodista de combate. Era Manuel Vicente Romerogarcía, sin que se pueda revocar a duda, un hombre de excepción. Suyo es el proloquio perdurable: «Venezuela es el país de las nulidades engreídas y de las reputaciones consagradas».

Fué uno de los fundadores del criollismo, con su novela «Peonía», y dejó una serie de Acuarelas, en las que convirtió, por arte de magia, la pluma en pincel, para trazar breves cuadros de un intenso colorido.

Militó en los Andes con Cipriano Castro, en la guerra de 1892, y cuando éste entró en Caracas, vencedor confirióle el mando de la «División Táchira», acantonada en el cuartel de San Carlos.

Hubo reyertas continuas en la ciudad. Entonces el Caudillo victorioso pronunció su célebre frase: «No pago caraqueños ni cobro andinos». Las tropas insubordinadas trataron de desconocer a Romerogarcía; y él, solo, con un foete y en la sonochada, ordenó formar al batallón y fusiló, sin fórmula de juicio, al capataz de los instigadores.

Al siguiente día dió el parte, con sencillez espeluznante:

—«General: no creo que la pena de muerte corrige al muerto; pero atempera al vivo».

* * *

Carlos Borges, vestido de seglar, se hallaba sentado en la puerta de un establecimiento, donde se vendían materiales de construcción. Pasó por allí una dama de alcurnia, belleza otoñal, su hija de confesión en otro tiempo. Picados de curiosidad, unos amigos inquirieron:

—¿Y qué te dijo?

A lo que dió como respuesta:

—Yo he dejado de ser sacerdote; mas no por eso he dejado de ser caballero.

* * *

En la sala de un hospital de Panamá se encuentra un hombre moribundo. ¡Y qué hombre, si pensáis! Es don José Austria, Representante de Venezuela por aquel entonces, en la República hermana.

El escritor, gran mundólogo, hecho al disfrute de todos los placeres de la vida, no se inmuta ante la eterna sombra que se le echa brutal e inexorablemente encima. Ni pierde su congénito buen humor. Es un estoico.

Una mañana, el médico que lo asiste, le aconseja:

—Sería conveniente que de vez en cuando tomase una cucharada de brandy.

Don Pepe, sin perder un punto la seriedad británica, tan peculiar suya, le objeta:

—No me desagrada del todo la medicina; pero, ¿por qué ha de tomarse en cuchara?

* * *

De marmórea blancura, correctamente vestido, magro de cuerpo y ágil de pluma, fué decano y maestro de periodistas en Venezuela el doctor Andrés Jorge Vigas. Dejó un libro admirable, «Perfiles Parlamentarios» y un opúsculo sobre disquisiciones gramaticales. Era conocido generalmente por el «viejo Vigas», quien, dicho sea de paso, tuvo siempre para la juventud palabras de estímulo.

Departiendo una vez en la Plaza Bolívar con un colega suyo, se le escapó esta frase tan dolorosa como verídica, que hoy recogemos:

—El que escribe para comer, no come ni escribe.

* * *

Refiere Santiago Pérez Triana, en su magnífica obra «De Bogotá al Atlántico», que Pérez Bonalde había entregado al editor los originales de «El Poema del Niágara», con el Prólogo insuperable de Martí. Refiere asimismo que casi todas las tardes se reunían en un bar, extramuros de Nueva York, con Roberto de Narváez, santafereño, poeta delicado y uno de los primeros traductores de Carducci en América. Solía ir también una hermosa remilletera a ofrecerles flores, y como notasen por su aspecto que había caído, el último de los citados tomó la pluma y las cuartillas, para dejar en ellas esta estrofa, llena de indecible ternura:

De tu virtud e inocencia
dime, florista, ¿qué hiciste?
Bien lo dice tu presencia:
eran flores, las vendiste.

EDUARDO CARREÑO



Esta famosa libertad democrático-burguesa, basada en una feroz esclavitud económica no debía tener por símbolo
La Estatua de la Libertad
sino otra cosa que se llamara
La «Libertad» de la Estatua
Y por lo menos los pueblos de la América Hispana debían pensar seriamente en erigirle, a tal ironía, un monumento.

RYK